

¡Boricol
a la Boda!



*Hugo
Sahz*

¡Boicot
a la Boda!

HUGO SANZ

¡Boicot a la boda!

©Todos los derechos reservados.

©Hugo Sanz.

1ªEdición: Noviembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Capítulo 1



Y llegó ese día tan esperado...

Se casaba mi gran amigo Joel, llevaba más de diez años de relación con Victoria y hoy daban el gran paso.

Era el único de los cinco de la pandilla que tenía pareja, a los demás, no nos duraban dos telediarios.

Victoria, la que hoy se convertiría en su mujer, era la única chica de la pandilla, pero nos manejaba a todos bastante bien, tarea difícil y un mérito que siempre le reconocimos.

Me miré al espejo y me gustaba lo que veía, el traje en color azul, me quedaba bien, justo a mi cuerpo, con ese pañuelo blanco en la solapa, como la camisa, me veía atractivo. Esa firma de ropa nunca me había decepcionado.

Un segundo café en vena y listo para ir a la celebración.

Miré por la ventana, estaba Lucas esperando, era mi chofer desde hacía cinco años, mi mano derecha, mi hombre de confianza, además teníamos la misma edad, cuarenta y tres años.

Eché una visual y estaba todo en orden, a pesar de contar con Minerva, la señora de la limpieza y cocina, era un obsesivo del orden y el control.

Todo en orden, pensé mientras visualizaba todo.

Lucas me miró sonriente, asintiendo con la cabeza, arrancó el coche y salimos de la casa.

—Vas a dejar en muy mal lugar al novio —rio sin dejar de mirarme.

—Anda, mira hacia delante, quiero llegar vivo —sonreí.

—Ya sabes que tienes el mejor chofer del mundo —presumió bromeando.

Negué sonriendo, la verdad es que Lucas era todo un personaje, pero era perfecto para tenerlo al lado, era impecable con su trabajo, al igual que discreto.

Entramos en la finca donde se celebraba el enlace, y paró en la misma puerta, me despedí de Lucas hasta que lo avisara para que viniera a recogerme.

Me puse bien la chaqueta y miré al fondo, al final del pasillo, donde se veían los jardines y la gente por allí

Conforme iba andando, trataba de visualizar donde estaba el trío más temible de la fiesta, Oliver, Víctor y Bruno.

Un silbido que reconocí inmediatamente me hizo verlos al momento, ya estaban con las copas en la mano.

—¡Joder, como viene el galán! —dijo Bruno, el más gracioso. Le decíamos el vividor, ya que vivía de la renta, de los diferentes pisos que tenía alquilado y que le habían dejado los padres en herencia, además de una buena cuenta corriente.

—Vosotros no estáis menos elegantes —carraspeé y abracé a cada uno.

—A esta hora ya deben venir para acá —dijo Víctor, refiriéndose a los novios, ya que se estaban casando en el juzgado y solo estarían presente sus padres y hermanos.

Víctor era banquero, el que nos engañaba siempre para que vinculáramos cosas a su sucursal, pero pasábamos de él.

—A mí mientras me den de comer y beber, como si no quieren venir —soltó Bruno, causándonos un ataque de risa.

—Más fino y no naces —volteó los ojos Oliver, el médico, el más pijo.

Los jardines estaban abarrotados, eso sí, a nadie le faltaba una copa de vino en la mano, para que luego nos tacharan a nosotros de borrachos...

Tomamos dos vinos antes de que llegaran los novios y todos se pusieron a aplaudir, luego nos acomodamos en las mesas asignadas, la de nosotros era para los cuatro nada más, como habíamos pedido a Joel.

—¡Joder! —Se escondió Bruno, para mirar al fondo—. ¿Aquella, no es Elisa? —Mi cuello se estiró automáticamente y la vi.

—¡Mierda! ¿Qué hace aquí? —solté aire y me cambió el semblante.

—¿Qué es la prima del novio? —dijo Oliver, irónicamente.

—Ya nos podría haber avisado Joel, que venía —dije sin poder dejar de mirarla.

—Claro, que nos hubiese pasado el parte de todo —Víctor, puso los ojos en blanco.

—Que no beba, por favor, como lo haga, nos la va a dar mortal —mi cara era de resignación.

—Y a ti, ¿cómo se te ocurrió acostarte con ella? Bueno ya quisiera yo, haber podido hacerlo, pero hijo, Elisa, sabíamos cómo era, ¿o no?

—Mira Bruno, cállate la boca, o te comes la tarta antes de tiempo —resoplé.

—Pues vaya faena le iba a hacer a los novios, con lo bonita que se ve ahí colocada, sin cortar, para cuando llegue el momento...

—Ya hubiese querido yo que pasara por mi cama —dijo Oliver.

—O por la mía —soltó Víctor.

—Pues nada, campeones, ahí la tenéis, a ver quién es el guapo que la conquista como lo hice yo —carraspeé.

—Y por poco te tienes que ir del país.

—Bruno, no me seas envidioso, Elisa es una gran chica, con el único problema que no se calla ni bajo agua, pero es muy graciosa, pone la cabeza como un bombo, es un poco asfixiante, pero tiene un cuerpo y una intelectualidad impresionante.

—Culta es, de eso no cabe duda —intervino Oliver, sonriendo.

—Y viene hacia acá —dijo Bruno, escondiéndose.

—Madre mía... —tragué saliva y la observé como venía tan contenta.

—¡Hola, chicos! —Aplaudía feliz —Estaba deseando veros —nos dio un beso a cada uno y se sentó en una de las dos sillas que había libre en la mesa.

—¿Un vino? —preguntó Oliver, cogiendo la copa.

—Claro, sabéis que el alcohol y yo, en los días relevantes, somos una compañía inseparable ¿Qué me contáis?

—Pues Oliver se casó y tiene dos hijos —miramos los tres de forma fulminante a Bruno — Víctor se casó y la mujer lo dejó por otro y, bueno, Paul, como ya sabemos, sigue buscando a la mujer perfecta —dijo con retintín, mintiendo en todo como un bellaco.

—¿Y tú? —le pregunté a Bruno con descaro.

—Yo admirando a esta belleza —señaló con su mano a Elisa.

—Tú tienes un morro que te lo pisas —dijo Oliver, tirándole con una servilleta.

—Me da que me mintió, ¿no?

—Elisa, por favor, como te voy a mentir —puso rostro de indignación—. Por cierto... —Se le notó que iba a cambiar el tema— ¿Qué tal va tu vida?

—Pues nada que resaltar, sigo con mi línea de joyería y no encontré el amor —se encogió de brazos—, pero bueno... —Me miró—. Dicen que, de una boda, sale otra —sonrió.

—Yo eso nunca lo escuché —dijo inmediatamente, arqueando la ceja.

Trajeron unos platos de entrantes.

—Me quedo aquí —dijo Elisa al camarero—, en aquella mesa son demasiado aburridos —se refirió a sus padres y tíos.

—No hay problema, señora.

—Señorita, por favor —sonrió.

—De acuerdo, señorita —se retiró el camarero.

—Me llamo vieja —negó con la cabeza —y eso que estoy como una perita de fresca, ¿verdad? —preguntó, mirándome con descaro.

—Claro, claro, por favor —me metí en el papel y todos se rieron.

—¿De qué os reís piltrafillos?

—Nada, que a nuestro amigo —me señaló Bruno—, es verte y se le cae la baba.

—Eres un poquito gracioso, ¿no? —le pregunté queriendo matarlo.

—Qué lástima, pensé que era cierto —dijo ella con tono sugerente.

—Bueno, tampoco te tomes literalmente lo que dice Paul —intervino Oliver, metiendo más cizaña.

La verdad es que me estaba poniendo y mucho, estaba espectacular pero ya sabía que sí caía en sus redes, me iba a volver a costar mucho quitármela de encima, a pesada no había quién la ganara.

—¡Vivan los novios! —chilló Elisa, como si no hubiera un mañana.

—¡Viva! —corearon todas las personas presentes.

—¡Viva la prima del novio! —volvió a gritar con descaro.

—¡Viva! —dijeron todos riendo.

—¡Vivan los bombones que hay en la fiesta! —Me puse la mano en la cara y negué con la cabeza.

Una carcajada grupal se sintió en todo el jardín, ya empezaba a salir la Elisa bruta, sin medidas y cañera que yo conocía.

—A esto hay que darle vidilla, de lo contrario, en cuatro horas están todos durmiendo por los rincones —sonreía ampliamente.

Me bebí de un trago la copa de vino, iba a necesitar ingerir mucho alcohol para lo que se veía venir.

Después de la comida nos trajeron postre, café y helados, los novios habían cortado la tarta y fue un momento muy emotivo.

Me pedí directamente, el dolor de cabeza que me estaba entrando con Elisa era monumental, la estaba liando durante la comida, no quería imaginar lo que formaría avanzada la tarde, pues a empinar la copa no había quién la ganara.

Por fin llegó el momento en el que todos nos levantamos y empezamos a esparcirnos de copas por el jardín, eso sí, Elisa era un grano en nuestro culo, que bailaba al ritmo de Nicky Jam, con la

canción “Cásate conmigo”.

La observaba con la efusividad que la bailaba, además, de ese contoneo que me estaba subía por las paredes.

<<Ni lo pienses>>, me dije mil veces, sabía que, si terminaba liándome con ella, luego sería un calvario quitármela de encima.

—Cásate conmigo —gritaba mirándome mientras bailaba.

Eso estaba pensando yo, casarme y precisamente con ella, evité reírme mientras sonreía moviendo mi torso a ritmo de la canción.

—Esta, en dos horas, te tiene en el baño —me dijo Bruno al oído.

—Calla, que dan ganas, no lo niego, pero imagínate luego, no habría manera humana de quitársela de encima —dije en voz baja, mientras movía la copa.

—Está apetecible, para que nos vamos a engañar —seguía hablando flojo acercándose a mi oído.

—Está, está —reí.

En ese momento sonó la canción “La diabla”, de Romeo Santos.

—Vamos a bailar —dijo Elisa, quitando la copa de mi mano y poniéndola en la barra. Me cogió las manos y no me dejó negarme.

La verdad es que bailaba de muerte y yo, para bailar salsa y bachata, era muy exigente, era uno de mis vicios, bailar esos dos palos, pero no me gustaban las personas que lo hacían exageradamente, me gustaba de forma sensual, discreta y sin exagerar los movimientos.

Elisa se dejaba llevar como los ángeles, sus movimientos eran elegantes pero muy sexys, sabía cómo hacerlo para resaltar, para volverme loco, su olor estaba abriendo todos mis instintos.

Mientras bailaba la imaginaba de nuevo en mi cama, dejándose llevar sin poner límites, con cara de niña buena, pero con esos gestos tan sensuales, que salían de todo su ser.

Pero no, no podía hacerlo, la iba a volver a cagar, la otra vez se cargó mi paciencia y me sacó varias veces de quicio con esos mensajes cada cinco minutos.

La fui retirando hacia la barra cuando iba terminando la canción, si no lo hacía, sabía que estaría toda la noche ahí, bailando pegado a ella que, por cierto, eso roces me la iban a jugar si no frenaba rápido.

Nos pusimos a tomar copas, ella sonreía mientras charlábamos, chupando todo el tiempo esa cañita que tenía en la copa.

En uno de los momentos que no nos dimos cuenta se escuchó una voz por megafonía y por poco nos partimos el cuello para mirarla.

—Buenas tardes o casi noche a todos —dijo con voz borracha—. Quiero decir unas palabras a los novios —Joel y Victoria se miraron sonriente, pero yo conocía la sonrisa de mi amigo y era de querer matar a su prima—. Estoy muy feliz, emocionada, exaltada, contenta y muchas cosas más, de estar en el enlace de mi primo con la preciosa y querida Victoria —los asistentes aplaudieron—. Quiero hacerles un bonito regalo —comenzó a sonar una melodía que yo conocía.

Ya sabía cuál era, la canción de “S.O.S” de Mayte Martín, que luego interpretó Falete.

Cogí aire, por lo que podía liar esa chica con ese micro y esa canción, pero fue todo lo contrario, cuando comenzó a cantar, lo que menos imaginamos, es que tuviera esa voz y nos pusiera a todos, los pelos como escarpías.

Había invitados que se secaban las lágrimas, era emocionante verla, a pesar de estar con unas copas de más, equilibraba mucho su voz y hacia un papel impresionante mientras cantaba.

Además, estaba preciosa, un vestido rosa vivo de un solo tirante, de estilo griego, con un

cinturón amarillo, como sus zapatos.

Cuando terminó se reclinó y todo el mundo chilló. Verdaderamente, había conseguido dejarnos a todos sin aliento y a los novios llorando como una Macarena.

—¡Bravo!, ¡bravo!, ¡bravo! —dijo Oliver, aplaudiendo lentamente a la vez de nosotros, mientras ella llegaba sonriente.

—Pues veréis cuál se me ha ocurrido para luego —rio como una niña chica, poniéndose la mano en la boca.

—¡Sorpréndenos! —dijo Bruno.

—Eso luego, será una sorpresa para todos, pero, sobre todo, un poco más para él, que hoy me lo tiro seguro —dijo señalándome y causándonos un ataque de risa a los cuatro. A descarada no había nadie que la ganara—, aunque, esto tiene que estar más animado, ahora están calmados, les hace falta ingerir más alcohol.

Un rato después estábamos todos muertos de risa, Elisa nos tenía llorando a carcajadas, hasta Joel y Victoria, que se habían acercado un rato, se fueron tronchados de escucharla, no podíamos parar de reír.

Y llegó el momento en que todos estábamos sobrepasados de alcohol, ya nos daba igual ocho que ochenta, pero se iba a liar un poco más.

De nuevo Elisa, encima del escenario con ese micro.

—¡Atención, no lo digo dos veces! —dijo en tono chulesco y exigente, captando la atención del público—. ¡Todos a bailar! —gritó retumbando en todo el jardín.

Muy buena esa, sí señor, la canción de moda “Sin pijama”.

“Sí tú me llamas, nos vamos pá tu casa”

Por supuesto, nosotros también la bailamos como sí no hubiera un mañana, sobre todo, Bruno, que estaba en lo alto de uno de los altavoces gigantes que había cerca de nosotros.

Elisa cantaba señalándonos todo el tiempo y nosotros a ella, cuando terminó la canción vino riendo hacia nosotros y continuó bailando, la que había puesto el encargado de la música.

Miré alrededor y como buen observador, descubrí que cada vez iban quedando menos invitados, bueno sólo quedábamos los más fiesteros, eran las doce de la noche y la boda había sido larga, pero a nosotros, los novios y unos cuantos más, nos quedaba mucha noche.

—Mis padres ya se fueron, hoy duermo en tu casa —dijo acercándose a mi oído y riendo.

—Vaya, no lo esperaba —dije con voz un poco, de aquella manera.

Vitor y Bruno estaban desfasados, Oliver era el que mejor se comportaba y yo, bueno, yo aguantaba los puntos de Elisa, pero debo reconocer, que me estaba revolcando de la risa con ella.

Lo mejor de todo fue cuando volvió del baño.

—No sabes lo que me ha pasado —lloraba de la risa.

—Cuéntame... —la miré sonriente.

—He ido a mear, me fui a bajar las bragas y no sé por qué extraña razón, no las llevo puesta —se puso la mano en la boca sonriendo.

—Vaya... —carraspeé.

Lo que me faltaba a mí, era estar toda la noche fantaseando con que no llevaba nada debajo del vestido y encima sabiendo que, por su cara bonita, se había auto invitado a mi casa esa noche.

Continuamos bebiendo y bailando, quedábamos como unas doce personas, cuando Victoria, se acercó a todos, alucinada.

—Alguien se dejó unas bragas en el baño. —rio.

Elisa me miró levantando la ceja y aguantando la risa.

—¡Qué asco de gente, por favor! —exclamó con descaro.

—¿Verdad Elisa? Lo mismo han follado ahí y todo —dijo la novia riendo y negando con la cabeza.

—No ahí no, pero seguro que luego follan al llegar a casa, al menos tendrá una prenda menos para quitarse, más a huevo —provocó una risa en todos y en mí, un carraspeo.

Dos horas después quedábamos los novios, nosotros cuatro, ósea la pandilla completa, más Eli, la prima del novio y la que siempre terminaba en los cotarros en los que nos veíamos, pegada a nosotros y, como no, en mi casa y, en mi cama. Esa noche presagiaba que no iba a ser distinta.

—De verdad, cuanto los siento por vosotros —dijo Bruno, a los recién casados.

—¡Vete a la mierda! —dijo Victoria, riendo—. Tú vas a quedar como un viejo solitario —le sacó la lengua.

—Como más de uno, aquí —soltó Eli, muerta de risa.

Un rato después miro a un lado y me veo a Oliver, durmiendo en un sofá del exterior, siempre terminaba igual, eso sí, con la copa en la barriga entre sus manos.

—Deberíamos de hacerle una putada —dijo Joel—, nos lo pone a huevo.

—Se me ocurre algo... —Victoria fue por la mantilla con la que llegó a la boda y se la tiramos por encima.

—Y esto quedará mejor —le puso un centro de flores de una mesa, a un lado.

Le tiramos una foto y quedó de película, nos reímos al verlo así, tal como lo dejamos mientras nosotros disfrutábamos de la noche, la verdad es que estaba para no acabarla nunca.

Elisa no paraba de hacerme muecas y decirme barbaridades al oído, yo no podía parar de reír, con decir que hizo a la novia ir al baño y fue ella quien apareció con el vestido de boda y Victoria con el de invitada, nos morimos de la risa, nos tiramos una foto todos detrás de donde dormía Oliver y ella sentada a los pies del sofá, quedó la foto para el mejor de los recuerdos.

Y llegó el amanecer, quedábamos vivos, los novios, Bruno, yo y Elisa, los otros dos, dormían hacía rato, bueno, el primero fue Oliver, más tarde Víctor.

Despertamos a los chicos y todos nos despedimos, Lucas vino por mí y por Elisa, al verla se quedó a cuadros, él sabía lo que me había costado quitármela de encima la anterior vez.

Llegamos a mi casa y entré a cambiarme, cuando salí, dormía en el sofá plácidamente y no quise despertarla, me eché en el otro y me quedé ahí junto a ella.

Capítulo 2



Nos despertamos los dos a la vez cerca de las dos de la tarde, ese día era el único que estaba libre Minerva, así que le dejé una camiseta y unos calzoncillos recordando que no llevaba bragas y la esperé en la cocina a que se duchara.

Preparé el desayuno, no tardó en salir.

—Que bien canté anoche —dijo sonriendo orgullosa, cuando apareció.

—Es verdad —le puse el café delante, sobre la barra de la cocina, ella estaba al otro lado—. No conocía esa faceta tuya —di un trago al café.

—Tenía dos opciones en la vida, cantar o dar el cante...

—Y te quedaste con la segunda —se me escapó una risa.

—Efectivamente, con la segunda, ya que mi vida está vinculada a mi firma de joyas, así que de cantar nada, dar el cante, que es lo que más me gusta —sonreía feliz—. Y, bueno, ¿qué vamos a comer hoy? —preguntó con descaro, mientras se preparaba una de las tostadas que yo había calentado.

—Pues no sé, pero en el frigorífico —lo señalé, era americano, grande, de dos puertas, como todo lo que había en la casa, a lo grande, me gustaba la amplitud —seguramente Minerva, dejó muchas cosas preparada —le hice un guiño.

—Esa mujer tiene el cielo ganado, seguro que nos apañamos con todo lo que haya dejado preparado —sonrió descarada.

—Seguro... —sonreí. Estaba deseando devorarla, me tenía en el cuerpo una tensión brutal desde la celebración, además, estaba atractiva, llamativa y sensual.

—No puedo creer que Joel y Victoria, ya estén casados —rio de forma traviesa con esa mano en la boca y la otra, sosteniendo el pan—. Nosotros nos veremos siendo los solteros de oro, ya lo verás.

—¿Y qué hay de malo en ello? —Levanté la ceja.

—Nada, nada —continuó con esa risa—. ¿Qué tal tu empresa? Imagino que brillante como siempre.

—Bueno, no me puedo quejar, tengo bastantes obras en marcha —era constructor, uno de los mejores de la ciudad y alrededores, nos faltaban trabajadores y manos para abarcar todo.

—Fuiste siempre un hombre de éxito.

—No te quedas atrás con tu firma, no paran de verse los anuncios en las cadenas televisivas.

—Es verdad, tuve mucha suerte —sonrió.

—Bueno, también cabeza y constancia, no todo es suerte en la vida —protesté.

—Tienes razón, pero no me gusta tirarme flores —me hizo un guiño.

Su cara aniñada, sus gestos, su forma de expresarse, todo, todo la hacía ser una bomba de relojería. Lo único que le perdía era que a veces no pensaba las cosas y podía agobiar como la que más, pero ahora estaba relajada, bromista y relativamente tranquila. La veía muy diferente desde la última vez que tuvimos esos líos de cama.

—Esta semana la tengo liada, pero el sábado he pensado en preparar una cena y copas en mi casa, podríamos decírselo a los chicos y animaros a venir —esa propuesta me hizo gracia.

—Seguro que se apuntan.

—Dirás, que os apuntáis —rectificó.

—Claro, no me voy a quedar en tierra —sonreí.

—Me acabo de acordar de lo de las bragas de anoche y lo de Victoria poniendo verde a la persona que las dejó allí, o sea, a mí —se señaló al pecho con su dedo.

—Eso fue muy bueno, lo que no te pase a ti...

—Soy la alegría de la huerta —me sacó la lengua.

Y no lo dudaba, lo era, además de verdad.

Ahora la veía diferente, no sé por qué razón me estaba atrayendo y mucho. Cuando recogí el desayuno nos quedamos en la cocina charlando y la verdad, por momentos estaba sintiendo un deseo más fuerte hacia ella, que estaba sentada sobre la barra con un zumo en la mano y con la más bonita de las sonrisas.

Siempre se había dicho y yo había notado, que estaba loca por mí, se ponía de lo más contenta cuando estábamos cerca.

El distanciamiento vino porque me alejé, no soportaba lo pesada que era con mensajes y todo el día encima, cuando no había nada serio entre nosotros más que sexo.

Ahora estaba ahí, como una diosa sonriente, feliz de nuevo por estar cerca de mí, yo sabía que estaba deseando que la besara, al igual que sabía que no tardaría mucho en hacerlo.

Le quité el zumo y lo aparté a un lado, me puse entre sus piernas y ella se acomodó felizmente, poniendo sus manos en mis hombros, me pegué a ella agarrándola por las caderas y mirando sus labios fijamente.

Y la besé...

Lo hice de forma lenta, sin prisa, con besos cortos y suaves, esos que sabía que la iban a comenzar a encender, mientras la sujetaba por esos glúteos que eran como las montañas del paraíso. Apreté mi miembro contra ella y le salió el aire por la boca, eso quería conseguir, que el contacto la hiciera venirse más arriba.

Ella se dejaba llevar como siempre, a mi merced, que iba intensificando los momentos, jugando con esos pechos que me volvían loco, pues tenía un tamaño considerable y un tacto de lo más tentador.

Le quité mis calzoncillos y la camiseta, la miré soltando todo el aire mientras ella, echaba su cabeza hacia atrás y ponía sus manos sobre la encimera.

—Me encanta lo que veo —dije con un carraspeo de intensidad, aquello me estaba volviendo loco.

—Toda tuya —abrió sus piernas con descaro, mientras volvía a ponerse recta y sonreía con la situación.

Puse mi mano sobre su zona y ella abrió aún más las piernas, gimió con mi contacto y volvió a soltar el aire.

Mis dedos acariciando su interior y descubriendo la humedad que se había formado en ella, con mi otra mano enganchada a su pecho, apretando y soltando, mientras mi miembro estaba que

iba a explotar.

Se contrajo de placer cuando me volví loco a circular su clítoris, de la misma manera que se dobló por completo cuando llegó al orgasmo.

Me puse un preservativo y allí mismo la penetré, mirándola a los ojos, disfrutando con la expresión de placer de su cara, observando cada gesto, cada gemido que emanaba de ella, le gustaba, su cara no podía ser fingida, estaba disfrutando tanto como yo.

Cuando terminé no me soltaba, no se despegaba de mí, me abrazaba y comía a besos, me miraba con complicidad y ponía con gestos aniñados que me volvían loco.

Me conseguí despegar y la ayudé a bajar, la llevé a mi baño privado y llené el jacuzzi después de lavar mi miembro.

—Espérate aquí —dije haciéndola meterse en la bañera en forma de lago. que ya burbujeaba.

Bajé al sótano de la casa donde tenía la bodega, con una zona para las reuniones de fiesta y copas en invierno.

Saqué de la nevera de los champagne una botella, cogí dos copas y volví con ella al baño, al verme sonrió, yo hice lo mismo descorchándola.

—Menos mal que con la pastilla que tomamos, se nos pasó la resaca —cogió la copa y dio un trago.

Puse mi copa a un lado y me metí, colocándome frente a ella, que no tardó en poner sus piernas por encima de mí.

—Sabes que te voy a echar de menos de aquí al sábado, ¿verdad? —preguntó mientras miraba su copa—. Pero tranquilo, esta vez serás tú, quien me acosarás —rio en ese acto de reconocer, que fue bastante pesada la vez anterior.

—Eso me deja tranquilo —reí mirándola fijamente, mientras ella sostenía la mirada en la copa, sin perder la sonrisa.

—Me alegra, ya no soy la de antes, soy peor, pero no acoso —reímos a la vez, la verdad es que era comérsela.

—¿Y si me vuelvo yo, el acosador? —me mordí el labio.

—Te las pienso hacer pasar putas —se puso la mano en la boca soltando una carcajada que salió hasta liquido de la copa que sostenía en la otra mano y cayó a la bañera.

—Bueno, tan malo no fui —dije en mi defensa.

—Qué no dice el tío... —Me miró negando mientras sonreía.

—¿Y el perdón no existe? —Levanté la ceja.

—El perdón te lo vas a tener que ganar y créeme que, con creces, te lo vas a tener que currar, chaval —me sacó la lengua, haciendo una mueca.

Eso de “te lo vas a tener que currar, chaval”, se me había clavado en el alma, pero vamos, no me veía arrastrándome hacia ella, me atraía mucho, sí, pero no hasta el punto de ahora volverme loco, al menos es lo que pensaba en ese momento.

Pero estaba bien, con ella desnuda frente a mí, ya me estaban dando las ganas de ir a por el segundo, ella no tardó en darse cuenta.

—¡Dios como está esto! —Puso su pie en mi miembro mientras reía y lo frotaba.

—Tú eres la culpable —le hice un guiño.

Dejó la copa a un lado de la bañera y vino hacia mí, se tiró encima y comenzó a besar mi cuello. La abracé y acaricié su espalda, se frotaba con mi miembro y yo comenzaba a respirar lentamente, con el corazón a mil.

Terminamos comiéndonos a besos y fui por un preservativo que tenía en el mueble del baño,

entré y se sentó sobre mí, lo hicimos mirándonos, sonrientes, con su rostro que era toda una explosión de sensualidad.

Cuando nos secamos, se vistió y la llevé en mi coche hasta su casa, tenía que preparar cosas para trabajar al día siguiente, a mí también me gustaba acostarme pronto, para vivir de otra manera, ya tenía los viernes y los sábados.

Esa noche me acosté pensando en ella, sonriente, me había gustado volver a tenerla pegada a mí. Esperaba que esa no hubiese sido la última noche, el sábado en su cena me la volvería a ganar.

Capítulo 3



Escuché a Minerva en la cocina, no había ni sonado la alarma.

Miré el reloj y faltaban diez minutos para la siete, la hora en que yo me levantaba, pero hacerlo un poco antes, me gustaba.

Una buena ducha, un buen traje de chaqueta, zapatos, reloj y listo.

—Buenos días, guapetón —dijo Minerva, acercándose con mi café en la mano.

—Buenos días, preciosidad —le sacaba con los piropos una sonrisa, era la mejor persona que podía tener en mi casa.

—¿Vienes a comer hoy?

—No, hoy tengo bastante jaleo en la oficina, comeré algo por ahí.

—Te dejaré para esta noche una crema de verduras y unos huevos cocidos, ¿te parece?

—Genial, Minerva —puse el café sobre la mesa y salí, Lucas ya me esperaba montado en el coche.

Nada más subirme en el coche, me miró con cara de curiosidad

—¿Qué pasó para que volvieras a meter en tu casa a Elisa? —Se llevó una mano a la frente mientras arrancaba.

—No tenía como volverse —aguanté la risa.

—La podríamos haber llevado antes de venir —rebatí.

—Bueno, pero me sugirió venir y...

—Volviste a caer —conducía mientras reía negando con la cabeza.

—Ya no es como antes... —Volteé los ojos, creyendo creer eso.

—Bueno, eso lo veremos... —soltó aire.

—No seas dramático —reí.

—No, pero luego te veo estampando móviles agobiado por su acoso, por llamarlo de alguna manera. Pero viendo lo visto, veo que te va la marcha.

—Ya decía yo, que mucho tardaste en venir a soltarla.

—Te iba a llamar ayer, pero imaginé que seguiría a tu lado y...

—Bueno, es lunes, comencemos la semana siendo optimistas —frené la conversación.

Y era verdad, él aguantó la vez anterior, los arranques de Elisa, las llamadas, las cosas que me enviaba a la oficina, era un incesante estrés al que me vi sometido, pero parecía que eso quedaba muy lejano y, aunque no lo quisiera reconocer, estaba deseando tener noticias por su parte.

Lucas me dejó en el trabajo y fue a hacer unos recados que le había encargado Minerva, yo me dispuse a entrar para trabajar lo antes posible, tenía muchos proyectos y propuestas sobre la mesa que había que avanzar, las demás obras, iban viento en popa.

—Buenos días, preciosidad —dije a Soraya, mi secretaria, que ya me estaba siguiendo al despacho.

—Buenos días, Paul. Hoy tienes tres reuniones por Skype, quieren hablar contigo para cerrar varias propuestas de las que hiciste la semana pasada, te lo dejo aquí todo —lo puso sobre mi mesa—, cualquier duda me llamas —emuló con su mano un teléfono.

—Soraya —dije antes de que se fuera—. ¿Me traes un café, por favor?

—Claro, hoy lo quieres antes —sonrió.

—Es lunes —le hice un guiño y se fue.

Me puse con todo aquello, no tardó en venir el café, me lo tomé mirando por la ventana, la ciudad a mis pies y las vistas eran impresionantes. Me daban mucha vida, esa luz natural que se respiraba en mi gran despacho, hacía que mis horas ahí, fueran de lo más placenteras.

Unas dos horas después, me llamó Soraya, diciendo que estaba Bruno, le dije que lo hiciera pasar.

—Buenas —dijo entrando sonriente al despacho.

—Por tu cara, vienes en plan cotilla, ¿verdad?

—No, pasaba por aquí, tenía que hacer unas gestiones y ... —Se tocaba la barbilla en un intento de disimulo.

—Anda, anda —levanté el teléfono y le pedí dos cafés a Sheila—. Pues nada, volví a caer en sus redes —me reí echándome hacia atrás.

—¿Y?

—El sábado quiere que vayamos a su casa todos a cenar y tomar unas copas —levanté la ceja.

—Imagino que habrás dicho que sí, ¿no? —no se perdía ni una.

—Claro, de todas formas, dice que ya me avisara con la hora y demás

—Planazo para el finde, a ver si llegan amigas y animan el cotarro —se frotó las manos.

Soraya nos trajo el café y después de charlar un rato se fue, yo me quedé trabajando, había mucho por hacer y no quería que se me echara el tiempo encima.

Me venía mucho a la mente Elisa y ya empezaba a preocuparme si iba a ser cierto eso de que yo, era quien me iba a tener que mover y que ella se haría de rogar. No recibí ni un solo mensaje de ella, era de lo más extraño.

Esa noche le envié uno...

Yo: Buenas noches, imagino que sigue en pie lo del sábado.

Con ese mensaje solo quería “aparentemente”, saber si seguían los planes en pie, aunque realmente, buscaba saber de ella.

Tardó un rato en contestar, cosa que me hizo poner más en alerta.

Elisa: Buena excusa para caer sucumbido a mis pies. Por supuesto que sigue en pie, ten muy buena noche.

¡A la mierda!, esa no era la Elisa que conocía, con esas “buenas noches”, daba por concluida la conversación, al menos lo del sábado seguía en pie y encima, daba por hecho que había caído sucumbido...

El martes y miércoles lo pasé en la oficina trabajando hasta altas horas, sin poder quitarme de la cabeza ni lo más mínimo a Elisa ¿Qué me estaba pasando?

El jueves ya estaba más al día con todo, así que esa tarde salí antes, desde el lunes no tenía noticias de ella, al llegar a casa me tumbé en el sofá y le puse un mensaje...

Yo: Buenas tardes, sin noticias del sábado aún.

Quise sonar divertido a la vez que con ganas de saber.

Elisa: ¿Estás un poco desesperado, o es cosa mía?

Esa pregunta me ocasionó una carcajada.

Yo: Puede ser que ambas cosas...

Sabía que su respuesta no iba a ser menos impactante.

Elisa: Debe ser eso. Pues estaba pensando en deciros que a las nueve ¿Qué tal esa hora?

Pues no, había sido seca, pero sabía que estaba jugando a un papel.

Yo: Una hora perfecta para un primer vino...

No tardó en contestar...

Elisa: Puedes traer ropa para cambiarte, sé que estás deseando que te pida que duermas conmigo.

Y tanto que lo estaba, me causo una sonrisa de esas que alimentan el alma.

Yo: Lo pensaré.

Me tenía que hacer el interesante.

Elisa: Ya sé yo, lo que tú vas a pensar.

Eso sonó a que me veía desesperado por pasar otra noche con ella, en el fondo lo estaba, me supo a poco el anterior encuentro y yo quería más, mucho más.

Y llegó el viernes...

Y por fin había terminado mi jornada laboral, ese día lo hacía siempre a la una, para mí comenzaba a esa hora el ansiado fin de semana y aunque hasta al día siguiente no vería a Elisa, ese día lo pensaba pasar bien.

Había quedado para comer con los chicos en una tasca que nos gustaba mucho, nos quedábamos apoyados en una de sus múltiples mesas altas de la terraza y a tomar cerveza y tapas, hasta empezar con las copas.

Llegué y ahí estaban los tres, faltaba Joel y Victoria, pero esos estaban de luna de miel.

—Hombre, el empotrador de bodas —soltó Bruno, ante la risa de todos.

Le di una colleja a la vez que saludaba.

—Hola —reí—. ¿No habéis pedido mi cerveza?

—Para qué, ¿para qué se te caliente? —respondió Bruno.

—Caliente estás tú —dejé el móvil sobre la mesa y entré a pedir una, además de un plato de jamón y queso.

Salí y nos pusimos a charlar un poco sobre la semana, además, de lo de la cena de Elisa al día siguiente, cosa que a todos nos parecía muy buena opción.

—Entonces qué, ¿te pusiste las botas? —preguntó Víctor, sonriendo.

—Consumís mucha prensa rosa, ¿no?

—Venga Paul, que se te ve en la sonrisa —dijo Bruno, que ya estaba al tanto de todo.

—Paso palabra —sonreí y cogí un trozo de jamón, haciendo oídos sordos, a la pregunta.

—Por cierto, pasando palabra como dice mi amigo —David, me puso la mano en el hombro

—Os tengo una propuesta...

—¡Vete al carajo! —exclamó riendo Bruno —Ya nos quiere vender una póliza, una tarjeta o un seguro, el señor banquero —soltamos una carcajada.

—Desde luego, qué poco me ayudáis... —Volteó los ojos.

—Víctor, cuenta que yo te escucho —dijo Oliver.

—Mejor te invito a comer otro día, a solas y te cuento —le hizo un guiño.

—Eso sonó a represalia —contestó Bruno, mirándome y dándome una palmada en el hombro.

—Pues yo te invito a comer a ti y ya —dije bromeando y siguiendo el rollo.

—Desde luego —sonrió Oliver—, sois unos celosos de mucho cuidado —puso los ojos en blanco.

—Y vosotros unos porculeros —dijo Bruno, cogiendo un poco de queso.

Del tapeo pasamos a las copas y ahí estábamos como cada viernes, de cháchara, nos gustaba la tarde de ese día, igual que la noche del sábado, era como un ritual.

A las nueve de la noche ya estábamos de alcohol hasta las cejas, mi camisa llena de manchas de lo que me iban derramando encima, éramos unos desastres. Con lo presumido que era y verme de esa guisa, me causaban picores.

—Mañana nos vemos en casa de Ely, os pongo ubicación —dije montando en el coche. Lucas había venido a por mí cuando lo llamé.

Lucas sonrió al verme.

—No tenéis remedio... —dijo cuando me subí.

—Siempre terminan todas las copas encima de mí —negué con la cabeza.

—Bueno, por lo que he visto, los otros también van guapos —rio.

—Como siempre, como siempre... —suspiré.

Ya estaba deseando llegar a mi casa, ducharme y echarme a dormir, el alcohol esa tarde, me había dado duro.

Me costó un montón coger el sueño, en ese momento me hubiera encantado tener a Elisa en mi cama, desnuda, provocando la mayor de mis excitaciones.

Capítulo 4



En unas horas la vería...

Es lo primero que pensé al despertar, fui a la cocina y Minerva me esperaba con una sonrisa y la pequeña taza de café.

—Buenos días, gracias —agarré la taza.

—Necesitas tres cafés como mínimo, para levantar esa cara —me dio un beso.

—Minerva, voy de mal en peor —me senté en la barra.

—Eres joven, bien que haces —siempre justificaba todo lo que yo hacía, era entrañablemente cariñosa, la adoraba.

—Ya no soy tan joven —puse cara de duda.

—Estás en tu mejor momento, no digas eso —puso el plato de las tostadas sobre la mesa.

—Me miras con muy buenos ojos —levanté la ceja.

—No te olvides de llamar a tus padres —me recordó a modo de regaño.

—Precisamente los llamé ayer por la mañana —sonreí.

—Me alegra saberlo —me hizo un guiño y se puso a preparar la comida.

Salí al jardín y me tomé otro café, la imagen de Elisa, no se me quitaba de la cabeza.

Observaba todo a mi alrededor y ahí la veía, formando parte de mi jardín, me estaba volviendo loco, reía solo de pensarlo ¿Quién me lo iba a decir?

Lo peor que llevaba...

Ahora que necesitaba sus mensajes, llamadas y todo lo que antes ella hacía, ahora no lo tenía. Ahora que lo añoraba, quería que volviera una parte de esa chica que dejó atrás, pero quizás antes estaba enamorada, ahora solo sería deseo, pero me mataba la ausencia de noticias.

Tenía ganas de algo, por ejemplo, que me mandara a la mierda, pero que se pronunciara.

Cogí el móvil y le puse un mensaje...

Yo: No llores cariño, en unas horas estamos juntos.

Le mandé eso, bromeando, ahora había que descubrir cómo se lo tomaría.

Elisa: Pobre iluso, no te queda nada por sufrir...

¡Sería...! Eso era un casi, jaque mate al rey, pero yo se lo iba a dar con la “fragoneta”.

Yo: Mi corazón ya lo está resintiendo.

Eso era lo más bonito que había salido de mi boca en toda mi vida, pero me había quedado tan ancho y muerto de risa, tomando aquel café mientras esperaba su respuesta.

Elisa: Ríete, sé que lo estás haciendo. Pero mañana quizás esa sonrisa se convierta en lágrimas. Te lo dice una que lo padeció.

¡Joder!, a borde no había quién la ganara...

Yo: Me compraré una caja de tiritas para mi corazón partido...

Qué tontería le acababa de responder, pero me estaba poniendo nervioso, parecía como si me retara.

Elisa: No van a haber tiritas en el mundo para curar tus heridas.

A hija de puta no había nadie que la ganara, pensé al leerlo, pero era una crack.

Yo: Estás muy subidita, ¿no?

Estaba tan subida que, si caía, no habría Dios que la librara, del brutal golpe que se iba a llevar.

Elisa: No, para nada, estoy en uno de mis momentos más tranquilos.

Menos mal, si le llego a pillar en uno de sus peores momentos...

Yo: Estoy pensando que, mejor nos vemos luego, a ver si mejora tu carácter.

Elisa: Suerte...

Suerte decía... En serio, esto era inconcebible, la recordaba como una mujer pesada, impertinente, atosigadora y me encontraba con la más pasota del mundo ¡Viva la bipolaridad!

El día lo pasé recuperándome del anterior, a la hora acordada, Lucas vino a por mí, ya les había puesto la ubicación a los chicos.

Me dejó en la puerta y llamé al timbre, salió a abrir sonriente.

—Mi más mejor amigo —dijo como si nada, bromeando y recibéndome con un beso en los labios.

—Vaya, mi más bipolar amiga —ironicé volteando los ojos, mientras la seguía.

Pasamos a su terraza, ella vivía en una unifamiliar, así que no había mucho espacio abierto, pero estaba bien para unos cuantos, pasar una velada cómoda, la tenía muy adecuada con una buena mesa de madera y diez sillas.

Una barbacoa a un lado, una pequeña barra y un pequeño jardín con dos tumbonas.

—¡Vaya!, soy el primero en llegar.

—Estabas impaciente —sonrió mientras abría una botella de vino.

—¿Tanto se me nota? —Arqueé la ceja.

—Digamos que, un poquito de nada —miró hacia el cielo.

—Estoy viendo que me quieres dar para el pelo —olí la copa de vino.

—Digamos que, donde las dan, las toman —me sacó la lengua.

—Eso se llama venganza —carraspeé mientras notaba la sensualidad que desprendía.

—Eso se llama, justicia —me señaló con el dedo de la mano que sujetaba su copa.

Me gustaba lo minimalista que tenía aquel rincón exterior, no le hacía falta mucho, pero lo tenía todo perfecto. La belleza de cada mueble o esa barbacoa de diseño, le daban un aire muy chill out, invitaba a estar ahí.

Elisa cogió la mochila que llevaba y la subió a su cuarto, <<cualquiera se escapaba de allí esa noche>>, pensé riendo.

—No me iba a escapar —bromeé cuando apareció.

—No se trata de eso, pero como sé que te quedas, para que no la tengas por medio, la subí a la habitación de invitados —negó con la cabeza.

—Serás capaz...

—No follo en mi cuarto con cualquiera, para eso tengo el de invitados —dijo sin despeinarse, mordiéndose el labio, mientras jugueteaba con la copa.

—Eso es un golpe bajo —le advertí con el dedo.

—Eso es el fruto de lo que sembraste —se encogió de hombros.

—Ni que te hubiera fustigado —reí.

—La indiferencia duele más —sonó en plan divertido, pero era una bala envenenada.

—Quizás tienes razón, pero nunca imaginé que me tuvieras tanto rencor —puse cara de pena.

—No es rencor, de esa manera no hubiese vuelto a acostarme contigo. Es prudencia, para no volver a caer en los mismos errores.

—Pero vas de un extremo al otro.

—No pienso volver a pasar por ese sufrimiento, los palos te hacen madurar —dio un trago.

—Lo siento... —Me quedé pensativo.

Eso era lo que le pasaba a ella, estaba claro, la otra vez la dejé de lado de manera fulminante, por lo que me hacía sentir, esta vez la lección le había quedado clara y el dolor por el que pasó, la hizo volverse así conmigo.

Me preguntaba si solo eran deseo, si no quedaba nada de ese amor que sintió en su día por mí y que yo, no supe corresponder.

La veía ahí sentada, sonriendo y mirándome, me hacía mil preguntas, pero el timbre de la puerta sonó y ella fue a abrirle a los tres petardos, esos que entraron con cara de no romper un plato.

—Hombre, ya le están dando al codo —dijo Bruno rompiendo el hielo, mientras miraba las copas.

—No nos gusta perder el tiempo —respondió Elisa, en plan gracioso.

—Ni a nosotros —soltó Oliver, llenando las copas que ya estaban sobre la mesa.

—¡Un brindis para nuestra más, mejor amiga! —dijo Bruno, refiriéndose con sorna a Elisa y levantando la copa.

—Otro que va a cobrar... —dijo ella, con sorna.

—¿Y yo, por qué? —Bruno, dio un golpe con su pierna en el suelo, haciéndose el enfadado.

—Por tonto —soltó una carcajada—. Por cierto, uno que encienda la barbacoa, otro que coja la carne de la nevera que ya está preparada y comenzad a repartiros la tarea, que yo he puesto la casa, la comida y la bebida, así que, me toca rascarme y a vosotros ponerlos en marcha —dijo con chulería, acomodándose en la amplia silla.

—¡A sus órdenes! —dijo Oliver, poniéndose firme y saludando en modo militar poniendo la mano en su frente.

—Y tú —me miró a mí—, más vale que me empieces a cuidar o de lo contrario, serás un mar de lágrimas.

—¡Con dos cojones! —dijo Bruno aplaudiendo.

—¿Y yo, que hice ahora? —Mi gesto era de asombro.

—Nada, ya lo hiciste todo junto, en su día —volvió a recriminar.

—Aquí hay resquemor del pasado, yo me voy a la barbacoa —dijo Víctor y Oliver lo siguió.

—Me voy con los cobardes —dijo adiós con la mano y se fue marchando despacito, haciendo el payaso.

—Yo no sé si irme a la barbacoa o a mi casa —me encogí en la silla, haciendo la broma.

—¿Tan cobarde eres? —Volvió a llenar las copas.

—No me pongas a prueba...

—Pues llevo haciéndolo desde la boda —se llevó la copa a los labios, mientras me miraba de forma fulminantemente sexy.

—No me había dado cuenta —dije con ironía, sin quitarle la mirada.

—Tendré que apretarte un poco más las tuercas —me miraba juguetona.

—Inténtalo —dije en tono sereno, pero me estaba sacando de quicio con esa tranquilidad y control que mostraba.

—Tú lo has querido —se mordió el labio y noté mi miembro reaccionar, me tuve que cruzar de piernas.

Fue una noche increíble, divertida, los chicos estaban en su salsa, Elisa estaba juguetona, con miradas cargadas de mensajes perversos, algo la conocía y esas miradas eran de lo más provocativas.

A las tres de la mañana se fueron los chicos, por supuesto, yo me quedé sentado en esa terraza ante ella, con la que se suponía que sería la última copa de la noche.

—Un médico, un banquero, otro que vive de la renta y yo, yo me quedo con el tonto de los cuatro —dijo muerta de risa.

—No tengo nada que envidiarles... —Me acerqué un poco a ella.

—Eres guapo, un hombre de éxito, pero no sabes cuidar a las mujeres —se mordisqueó el labio.

—Eso no es justo.

—A las pruebas me remito...

—Ven —le ayudé a que se sentara de lado, sobre mi regazo—. ¿No hay manera de hacer borrón y cuenta nueva? —pregunté mientras acariciaba sus piernas.

—Soy muy rencorosa —levantó la ceja sonriente.

—¿Y por qué estás aquí conmigo?

—Te recuerdo que eres tú, el que estás en mi casa —rio.

—Y el fin de semana pasado estuviste tú, en la mía.

—Ya, me va la marcha —me besó sonriente.

—¿No será porque te queda algo de lo que sentiste en el pasado? —carraspeé.

—Del pasado solo me quedan ganas de cogerte por el cuello —se tiró mimosa en mi pecho, en el fondo era como una niña pequeña.

—Te voy a quitar esa sensación, cuestión de tiempo —dije abrazándola, mientras ahuecaba mi mano en su cuello.

—Dudo que seas capaz de arreglar esto —se señaló a su corazón—. Es como si coges un papel y lo arrugas, jamás lo podrás poner igual.

—Eso es no creer en uno, yo creo en mí y seré capaz de dejar ese papel, mejor que después de arrugarlo —dije pegando su boca a la mía y besándola con deseos.

—Pues vas a tener que echar horas extras —me mordisqueó el labio.

—Las que sean necesarias —no podía dejar de besarla.

Terminamos haciéndolo en esa terraza, sobre una de las hamacas, no perdimos el tiempo en entrar, estábamos como dos bombas atómicas al borde de una explosión y no pudimos reprimir más las ganas. Ella se derretía en mis brazos, por mucho que lo negara, cuando la poseía, su rostro se convertía en dulzura, desenfreno y pasión a partes iguales.

Luego continuamos en su habitación, a pesar de su chulería al decir que yo no pasaría más que por el cuarto de invitados, se le olvidó, su habitación fue testigo de lo que continuamos en el jardín, volviendo a repetir la jugada.

Tras esos momentos de fogosidad, nos abrazamos y quedamos dormidos.

Abrí los ojos y la vi sonriente mirándome.

—Buenos días —la miré y mi mundo se iluminó de nuevo.

—Buenos días, guapetón —eso me levantó aún más la sonrisa.

—¿Qué te parece si desayunamos y luego nos vamos a comer por ahí?

—¿Me invitas? —Se acercó a mi cuerpo.

—Por supuesto, faltaría más —la pegué aún más.

Me eché sobre ella y comencé a besar todo su cuerpo, aquello comenzaba a hacerme sentir mejor de lo que jamás imaginé. Lamer cada parte de su piel, penetrarla y hacerla llegar a un orgasmo que la dejará sin fuerzas, me hacía sentir mucho mejor. Verla contraerse, me ponía a mil.

Esa mañana tenía con una sonrisa que me volvía loco, nada de chulería, ni de echar en cara el pasado, aunque debo reconocer que nunca lo hizo de mala manera, solo para buscarme la lengua y hacerme entender que lo pasó mal, así lo percibí en todo momento.

Nos duchamos con la misma fogosidad y bajamos a desayunar a la cocina.

—Odio los lunes y pensar que mañana lo es —resopló poniendo los cafés sobre la mesa.

—Es un día más, además, es el motor a una nueva semana y la ilusión de llegar al viernes —quitó hierro, pero yo también odiaba a los lunes.

—Esta semana la tengo más leve, lo mismo hasta te invito un día a comer —dijo con sorna.

—Bueno, no estaría mal, pero que, si no me invitas tú, te vuelvo a invitar yo...

—¿Me vuelves a invitar? —Arqueó la ceja.

—Hoy te pienso invitar como te dije —carraspeé.

—No lo digo por eso ¿Cuándo me has dejado pagar? —soltó una carcajada.

—Eres todo un personaje —me acerqué y la besé.

El día estaba espectacular, fuimos en su coche a un restaurante precioso, muy acogedor, nos sentamos en una de las mesas del patio interior.

—Hoy quiero una Coca Cola, Cero —dijo poniendo cara de agotada.

—Yo también —le acaricié la mano por encima de la mesa.

Pedimos una ensalada de la casa y un solomillo con salsa de roquefort.

—Entonces... —carraspeé mientras le servía la ensalada—. ¿Nos vamos a ver esta semana?

—Según cómo te portes, por ahora estás siendo muy pasivo.

—A ver, define eso de pasivo... —Levanté la ceja.

—No sé, no tuviste esta semana muchas ganas de mover un dedo...

—¡Para! —reí y me limpié la boca con la servilleta—. Te envié algún que otro mensaje.

—¿Dos? ¿Tres? Solo fueron mensajes... —Frunció el ceño.

—¿Y que querías? Una tuna cantando ¿“¿Clavelitos”, en la puerta de tu sede? —reí.

—Ya veo que lo vas a tener muy difícil conmigo —negó mientras mordisqueaba la carne y ponía gesto de desesperación.

Lo iba pillando, ella pensaba que no, pero necesitaba más atención que un simple mensaje.

—No apuestes todo a una carta —le señalé con el tenedor.

—Lo tienes todo perdido, no apuestes tú, vas por mal camino —tosió de forma cursi y me provocó una risa.

Ella sabía en cada momento como actuar, tenía el control, no era como la vez anterior que bailaba a mí son, bebía los vientos por mí y todo lo acataba.

Tras la comida, fuimos a tomar un café y luego me llevó a mi casa.

—Entra —dije abriendo la verja.

—No —sonrió—. Te bajas aquí.

—Un poquito... —Hice el gesto con la mano y un puchero.

—¿Y qué me darás a cambio? —preguntó buscona.

—Entra, anda, déjame preparar algo ligero para cenar y luego te vas.

—Pídemelo por favor —se mordió el labio.

—Por favor... —reí flojo mientras negaba.

Entró y respiré aliviado, no quería que se fuera, quería agarrarme a ese domingo como un clavo ardiendo y todo por tener su compañía.

Preparé la cena y la dejé en la cocina, me fui un rato con ella al sofá, tenía ganas de besarla y tocarla, era como un imán que me atraía hacia ella.

La tumbé desnuda y me puse en medio de ella, mirándola, sonreía como una diosa, me encantaba verla así, la penetré y ella no quitaba esa sonrisa por la que salían gemidos de placer.

Un rato después cenamos y nos despedimos, la agarré de las manos antes de montarse en el coche.

—Cuídate, en estos días nos vemos —la besé.

—Hablamos —me sacó la lengua y se metió en el coche.

Capítulo 5



Llegué a la oficina y Soraya, me llevó un café tal y como le había pedido.

—Esta semana hay muchos huecos ¿Quieres que te adelante reuniones?

—No, está bien así, necesito también respirar un poco —asentí con la cabeza y se retiró.

Necesitaba tener un detalle con Elisa, algo que le sorprendiera, más que un mensaje de esos que ella me iba a contestar de forma borde.

Le estaba dando vueltas al coco ¿Enviarle un ramo de flores? No, eso no, tenía que ser algo más sorprendente. ¿Una sortija? Tampoco, demasiado serio...

Pasé toda la mañana buscando en Internet como sorprender a una chica, viajes, joyas, flores, más de lo mismo.

Nada, no se me ocurría nada o no me gustaban las recomendaciones que leía por algunos blogs.

Me la iba a jugar a una carta, algo me vino en mente y podía ser especial, le mandé un mensaje a Elisa.

Yo: ¿Te apetece cenar y dormir, en un lugar especial?

No tardó en contestar...

Elisa: ¿Como de especial es, para que deba aceptar un lunes?

Me sacó una sonrisa.

Yo: Deberías de confiar en mis buenos gustos.

Elisa: Creo que es lo único que tienes decente, el gusto. ¿Dónde vamos a dormir?

Sí, lo había conseguido, ahora había que ponerse manos a la obra, pero antes debía contestarle.

Yo: Te recojo a las ocho.

Llamé al mejor hotel de la ciudad, por suerte la mejor suite estaba libre, ordené que a la llegada tuviéramos la cena, un camino de rosas, unos bombones sobre la cama y unas velas en la terraza de la habitación donde cenaríamos, además de muchos más detalles, incluido el desayuno que nos debían llevar a primera hora de la mañana.

Todo cerrado y listo. Lucas, me llevó a mi casa y le dije que se podía ir, recogería en mi coche personal a Elisa, después de descansar un rato, ducharme y prepararme.

Llegó la hora y ella salió sonriente, con una bolsa de viaje sobre el hombro.

—Mira que secuestrarme un lunes... —dijo al montarse.

—Y, ¿qué más da? —Arranqué y salí de su urbanización.

—Me vas a tener que sorprender mucho, para no arrepentirme de haber venido —dijo bromeando.

—Estabas deseando que lo hiciera.

—Bueno, no te creas, que soy muy perruna y me encanta estar por las tardes que tengo tranquilas, revoleada en el sofá.

—Me estás poniendo una excusa —levanté la ceja.

—Ninguna —rio.

Llegamos al parking del hotel y ella sonreía, asentía con la cabeza feliz.

—Has tenido gusto...

—¿Lo ves? —Le hice un guiño y paré el coche.

Subimos a recepción y aquello era todo un lujo de detalles, de atenciones y, cómo no, nos acompañaron hasta la puerta de la suite.

Al abrir su cara fue un poema, sus manos en la boca mirando hacia dentro y hacía mí, era todo un placer para mis sentimientos.

La hice pasar y cerré la puerta.

—Es la cosa más bonita que he visto —dijo feliz, caminando por ese pasillo de rosas hasta la terraza, mientras lo observaba todo—. Qué maravilla —dijo sirviendo dos copas de una botella de vino que habían dejado preparada, junto con la cena—. Esto es precioso —todo eran vistas a la ciudad, por todos lados, sin necesidad de asomarse.

Me puse detrás de ella, con la copa en la mano y besé su cuello, mientras la abrazaba con una mano.

—¿Sorprendida?

—Ejem. Totalmente...

—¿Cuántos puntos me he ganado?

—Uno...

—¿Solo uno? —Le di un mordisco en la oreja.

—Sí, solo uno, hasta diez no comenzarás a recibir un mejor trato —se giró, me dio un beso en los labios y dio un trago de la copa.

—Vaya, te voy a tener que secuestrar cada día —le aparté la silla para que se sentara.

—Bueno, tampoco te lo pondré tan fácil —cogió uno de los canapés de salmón.

—¿Tan malo fui, para recibir tanto castigo? —carraspeé.

—No lo sabes bien... —Frunció el ceño.

—Bueno, haré que lo olvides todo.

—Te digo que lo tendrás difícil, vas a dejarte un ojo, en noches como esta —me hizo un guiño.

—Así me deje un huevo, ya me encargaré yo, de ganarte de nuevo —levanté la ceja y ella me regaló una preciosa sonrisa.

—Estarás precioso solo con uno colgando —se puso la mano en la boca sonriendo.

—Eres muy graciosa, ¿no?

—¡Joo! —Se movió como una niña enfadada —Lo dijiste tú.

Reí, no podía hacer otra cosa, eso era lo que producía constantemente en mí, una risa floja.

Terminó la cena y la puse en mi regazo.

—Me gustas mucho —dije en un arranque de sinceridad.

—La otra vez también te gustaba —se echó a reír sobre mi hombro.

—Eres muy mala, antes me gustabas, pero ahora mucho más, me atraes de otra forma.

—¿De, qué forma?

—Como algo más que una atracción sexual.

—Te explicas como el culo —me sacó la lengua.

—Me estoy enamorando de ti —no sé cómo fue mi tono, pero sí que salió como melodía de mi alma.

—¿Ahora? —Se le saltaron las lágrimas.

—Ahora —dije con firmeza.

—No era el momento —comenzó a lagrimear.

—¿Por qué dices eso? —su tono me había dejado con el corazón en un puño.

—Hay algo que no sabes...

Solté aire, algo me decía que me iba a estrellar.

—Dime lo que sea, por favor —la miré con la esperanza de que fuera algo sin importancia.

—Tengo pareja desde hace dos años, nos vamos a casar dentro de tres meses —las lágrimas eran más continuas, lo decía en serio.

—Y, ¿dónde está él?

—Se tuvo que ir dos semanas a Praga, por motivos de trabajo, vivimos juntos los fines de semana.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunté aguantando las lágrimas. En ese momento, solo necesitaba dormir por mucho tiempo.

—Pensé que para ti volvía a ser lo mismo de antes, o sea, nada. Sabía que te iba a ver en la boda, pero para nada pensé en lo que pasaría. Cuando te tuve cerca me di cuenta que volvían a florecer esos sentimientos que creí muertos, pero estaban dormidos, por eso permití que esto pasara, pensando que luego volverías a tu rutina como siempre.

—No sé qué decir... —Me levanté y me apoyé mirando la ciudad, ella se acercó y se puso a mi lado.

—Paul, siento que ahora tengas ese sentimiento hacia mí, lo siento...

—¿Qué sentías al hacerlo conmigo? —pregunté, sin dejar de mirar al frente.

—Que quería que se parara el mundo...

—¿Y te vas a casar con él? —Sentí las primeras lágrimas salir, ya no las podía contener.

—Me tengo que casar con él, no puedo ahora hacerle esto —lloraba y la pegué a mi pecho.

—¿Cuándo vuelve?

—Mañana —la apreté con más fuerzas y solté todo el aire contenido.

Nos quedamos así un rato, llorando los dos, abrazados, impotentes por una situación que íbamos a padecer los dos.

—Esto es una despedida, ¿verdad?

—Por eso vine...

—Vaya... —Volví a soltar el aire, me estaba ahogando —Elisa, no sé qué decir ¿Puedo hacer algo?

—No, Paul, no —negaba y con la mirada me rogaba que le hiciera caso.

—¿Lo amas más que a mí? —Cogí su cara entre mis manos.

—No te puedo contestar a eso... —lloraba.

—Necesito saberlo.

—Tengo que hacerlo...

—Eso no me vale, no es una respuesta.

—Tú siempre has sido y serás el amor de mi vida, ¿vale?

—Elisa, no me puedes hacer esto e ir a casarte con otro, no puedes.

—Paul, es nuestra última noche —dijo para zanjar el tema, llorando, con el corazón encogido.

—Elisa, no me separes de ti —la miraba llorando.

—Tú me separaste un día y no me morí, lo superarás, no me lo pongas más difícil.

—Dime una sola razón de peso por la que debas de casarte con él, una y prometo no decirte nada más.

Me miró ahogada en la pena, llorando, se mordió el labio y se tiró a mi pecho.

—Elisa... —dije en tono bajo y con pena —No quiero verte así, me parte el alma. Maldito el día en que te dejé ir.

—No me lo pongas más difícil —sonó a ruego.

—Está bien... —La pegué a mí, un buen rato.

Nos metimos en la cama y se recostó en mi pecho, metí mi mano por su pelo y la acaricié un buen rato, ella mojaba mi pecho con sus lágrimas, fue un momento muy duro encontrarme de frente con la realidad.

No cruzamos más palabras, nos dormimos con un nudo en la garganta que nos impedía hacer nada más.

Desperté maldiciendo que era la última hora que pasaría con ella, la abracé y besé.

—Quiero hacerlo contigo por última vez —dije con un nudo en la garganta, que me impedía hablar con claridad.

Me abrazó y lo hicimos, llorando, yo arriba, penetrándola lentamente, sabiendo que ya no volvería a estar así con ella, que esa sería la última vez.

Cuando llegué al orgasmo me tiré sobre ella y rompimos a llorar, estuvimos así, como diez minutos.

Nos duchamos y nos trajeron el desayuno, no teníamos ni ganas de comer, solo de tomar el café, parecíamos dos muertos en vida.

La llevé a su trabajo y en la puerta, dentro del coche, nos despedimos. Solo con palabra, pues nos podía ver alguien.

—Te voy a echar mucho de menos —dije haciendo una caricia en su mano.

—Espero que seas muy feliz, gracias por haberle dado a lo nuestro, un final más bonito que el de la vez anterior, te recordaré con mucho cariño —se bajó del coche antes de romper a llorar y yo, yo me eché a llorar como un niño chico.

Ese día en el trabajo no cogí ni una llamada, le dije a Soraya, que no quería recibir ni una y mucho menos, a nadie en mi despacho.

Estuve trabajando hasta las ocho de la tarde, ni comí, me pasé el día a base de cafés, cosa que no ayudaba en mi nerviosismo.

Nada más llegar, me duché y me tiré en la cama, me encogí en modo fetal y así me quedé hasta la mañana siguiente, me desvelé en varias ocasiones, me ahogaba, lloraba, pero tenía que pasar ese mal momento.

Por la mañana no le dije a Lucas que me recogiera, necesitaba conducir, que me diera el aire y estar solo, aquello había sido demasiado para mí.

El día volvió a transcurrir como el anterior, en esta ocasión pedí una pizza y me comí dos porciones, no podía seguir sobreviviendo a base de cafés, estaba que daba pena, no cogía el teléfono ni a mis amigos.

Le daba vueltas a que, si Joel no hubiese estado de luna de miel y se hubiera enterado de nuestro lío, me hubiese advertido a la primera, que tenía pareja, pero claro, él pensó que ella para mí era pasado y que yo para ella era lo mismo, a lo que se añadía que tenía pareja y estaba a nada de casarse.

Me comía el coco de mil maneras, no me sentía estúpido, me sentía decepcionado de mí

mismo, por haberla dejado de lado en el pasado y no haber advertido que era una persona que tenía todo lo que yo necesitaba para ser feliz.

Me estaba martirizando, miraba su foto de wasap por si la cambiaba, su portada de Facebook, pues lo demás no podía verlo, ya que no la tenía agregada.

Me volvía loco, definitivamente estaba cayendo en un pozo sin salida, e iba de mal en peor.

La tristeza me embargaba por minutos, me sentía como si me hubieran arrancado la vida, como si estuviese perdido o nada fuera conmigo.

No paraban de agolparse las imágenes de los momentos con ella, en la boda, en mi casa, en la suya, en el hotel, todo era una batalla de recuerdos en mi cabeza y no podía abrazarla, sentirla, no iba a volver a estar con ella nunca más y eso me destrozaba la vida.

El viernes como todos, quedamos en la Tasca, esta vez irían Joel y Victoria, que habían regresado de la luna de miel.

Al bajarme del coche justo delante de ellos que me dejó Lucas, a los chicos le cambió el semblante al verme, estaban todos al tanto, hasta los recién casados, que ya les había contado Bruno.

—¿Qué tal lo habéis pasado? —pregunté abrazando a Victoria.

—Bien, Paul, bien, siento lo que te pasó, no me imaginaba...

—Tranquila —la miré sonriendo con tristeza.

—Joder, la que lio mi prima.

—Nada, no lio nada, créeme que no tiene la culpa, quizás me lo debió avisar a tiempo, pero no pasa nada.

—Tienes muy mal aspecto, Paul —dijo Víctor.

—Malos días, pero se me pasará, no os preocupéis.

—Te pilló todo, de otra manera —dijo Oliver.

—Debe ser el karma —sonreí y Victoria, me abrazó por detrás.

Ese día tapeé bastante de lo que iban poniendo, no tenía ganas de escuchar que no comía, lo mismo que bebí, necesitaba sacar de mi cabeza todo aquello que me agolpaba.

Nos estuvieron contando sobre su luna de miel por los dos países asiáticos que habían estado, además de enseñarnos las fotos con el móvil.

Al final de la tarde, estábamos todo como una cuba y yo me vine abajo.

—¡No puede casarse con él, se tiene que casar conmigo! —grité sin importarme quién había alrededor.

—¡No sabe lo que va a hacer, perder al mejor hombre del mundo! —gritó Bruno, con dos cojones.

—Chicos, venga, no os pongáis así —dijo Víctor, en un intento de calma.

—¡Tenemos que boicotear esa boda! —Vociferó Bruno convencido y ahí, ahí nos tuvimos todos que echar a reír.

—Ah tanto no podemos llegar hombre... —Intenté ponerme serio y con mejores palabras, pero aquello sonaba a embriaguez.

—Mejor deberíais de planear un secuestro —soltó Victoria.

—Vida que es mi prima —Joel, puso los ojos en blanco.

—Pues tu prima estuvo con dos hombres a la vez, lo contrario a Bebo Valdés y el Cigala, que estuvieron con dos mujeres —soltó Bruno, ya dejando por los suelos a Oliver, riendo.

—Pero ese estaba enamorado de dos mujeres a la vez y Elisa, solo de mí —dije en un tono chulesco.

—¿Y vamos a permitir que se case? ¡Boicot a la boda! —gritó Bruno.

—A ver chicos, aclaraos, o la secuestráis o se boicotea la boda, pero decidiros —bromeó Victoria.

—Toma, por calentar —Joel, le dio una colleja—. A ver si te piensas que cobramos todos menos tú —dijo provocando una risa en todos.

—Por supuesto que no, yo soy igual —le devolvió la colleja.

—¿Y yo que hice? —preguntó ofendido.

—Meterte en nuestro plan —le sacó la lengua.

—A ver, que no cunda el pánico, aquí lo sencillo es hacer una recolecta entre todos y comprar los sentimientos de su novio, decirle que, si la deja, le damos esa suma de dinero, vamos creo que es lo mejor —dijo Oliver y todos lo miramos flipando en colores.

—¿Qué vais a comprar si el tipo caga euros? —Joel, puso cara de resignación.

—¡Boicot a la boda! —volvió a gritar Bruno.

Así terminamos la noche, Bruno y yo agarrados y bailando un tema que nos habíamos inventado ¡Boicot a la boda! Mientras los demás nos miraban riendo, menos Joel, que lo hacía con resignación.

Joel y Victoria se fueron los primeros, luego Víctor, así que quedamos Oliver, Bruno y yo, que decidimos irnos a la terraza de un pub.

—Quiero ponerle un mensaje —dije con voz decidida y con coraje.

—Mándala a la mierda de mi parte —contestó Bruno, levantando el vaso.

—No, hombre no, a la mierda no —Oliver, se puso la mano en la frente.

—Seguro que ahora está follando con otro, con el que se va a casar, pero pensando en mí mientras él...

—¡Calla, bestia! —dijo Bruno.

—Se lo que me digo y ella está pensando en mí, mientras está con otro hombre que no ama —dije haciendo con el dedo, un gesto de seguridad.

—Seguro que sí, seguro que ella está pensando en ti —dijo Oliver, en un intento de calmarme.

—Pues le voy a poner un mensaje, ahora mismo —cogí el móvil.

—Di que estas con otra en la cama y que ella se lo pierde —dijo Bruno, dando un golpe a la mesa.

—¡Parado y quieto todo el mundo!, dame el móvil —Oliver lo arrancó directamente de mi mano.

—No, no, yo le voy a poner un mensaje —dije exigiendo que me lo devolviera.

—Vale, pero se lo escribo yo. Dime que quieres que ponga.

—Oliver, dame.

—Déjalo a él, nosotros le dictamos —soltó Bruno.

—Vale, escribe...

Yo: Yo, te amo con las fuerzas de los mares yo...

Miré el mensaje mientras los dos reían y continuaban la canción.

—Dale a enviar —dije mientras Oliver negaba riendo y le daba a enviar—. Ahora veremos qué responde.

—Veremos qué te contesta, como se pase tres pueblos, le voy a poner un mensaje yo —dijo Bruno, en tono chulo.

Y llegó el mensaje y los tres los leímos a la vez.

Elisa: No me lo pongas más difícil, por favor...

—¡Uy lo que me ha dicho! —abrí la boca impactado.

—No deberías contestarle —dijo Oliver.

—Sí, si deberías de contestarle, apunta que esta vez respondo yo —dijo Bruno.

Yo: Como una ola, tú amor llego a mi vida.

—Solo eso, ella lo va a entender —dijo provocando una risa en los tres—. ¿No le gusta la copla y esas copas? Pues hoy le vamos a dar el cante.

Volvió a responder y los tres leímos de nuevo a la vez.

Elisa: Te vuelvo a rogar, que no me lo pongas más difícil.

—Esta es tonta, hay que volver a contestar —dijo Bruno.

—Pues fácil no se lo pienso poner —dije en tono seguro.

—Yo de vosotros paraba un poquito de móvil —respondió Oliver, sin soltar el teléfono.

—¡Que escribas, coño! —dije dándole una colleja.

—Veréis como termina esto, yo no quiero saber nada —dijo Oliver, esperando a ver que escribía.

—Escribe, escribe...

Yo: Ven a llenarme de caricias sin medidas...

—Muy buena esa, la que cantó en la boda —dijo Bruno aplaudiendo, mientras Oliver nos miraba sin dejar de negar.

Volvió a contestar.

Elisa: No sigas, por favor...

—Qué no sigas dice... —soltó Bruno una carcajada.

—Deberías de parar —dijo agobiado Oliver.

—Escribe —exigí.

Yo: Que no daría yo por empezar de nuevo...

—Joder, como te sabes el repertorio de la más grande —dijo Bruno, muerto de risa y terminando de poner los nervios de Oliver.

—Y verás cómo conteste, pues hasta que ella no pare, no lo haré yo.

Y contestó, pese a las plegarias de Oliver, para que así no fuera.

Elisa: Mañana a las diez de la mañana estoy en tu casa.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Bruno, incrédulo.

—¿Y para qué va a venir a mi casa? —pregunté sorprendido.

—Pues muy fácil, para pedirte y suplicarte que la dejes en paz —dijo Oliver.

—Desde luego, que poco soñador —se quejó ofendido Bruno—. Lo mismo le quiere decir al chiquillo que en su cama nadie es como él, como la canción.

—Mira, mira —soltó una carcajada Oliver.

—Pues como venga no la pienso dejar salir, avisados quedáis. Me veo en las noticias por secuestro, pero me suda todo. Vamos a tomarnos la última, entra —dije a Bruno —te toca a ti, ir a pedir.

Y fue, jamás se oponía si tenía que ir a por una copa.

—Paul, no deberías de seguir con esto, te lo digo de corazón —dijo Oliver, poniendo su mano en mi hombro.

—No sabes cuánto la amo, no quiero que se case, que cometa el mayor error de su vida y que lo nuestro termine aquí, me niego a asumirlo.

—Es su decisión, debes respetársela.

—Se va a estrellar —dije señalándole con el dedo.

—Déjala que se estrelle, mejor así, luego será ella quién venga.

—¿Cuándo la haya olvidado?

—Si piensas que la puedes olvidar, es por qué realmente no la quieres tanto.

—No quiero, es demasiado bonito y grande lo que sentimos como para tirarlo por la borda.

—Pero ella no quiere, ¿no lo entiendes?

—Si quiere, pero por algún motivo le da miedo a romper todo aquello que le prometió.

—¡Ay Dios!, no puedo contigo, no te reconozco Paul.

—¡No, no soy el mismo, estoy jodido y enamorado hasta la medula! —grité y varias personas miraron.

—Está bien, pero te estás equivocando.

—Pues me equivoco yo, pero si no lo hago, no estaré siendo fiel a lo que siento y lo que siento es que tengo que frenar esa puta boda.

—Los tres cubatas aquí —llegó Bruno, poniéndolos sobre la mesa—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna —dijo Oliver negando y resoplando—. Haced lo que os dé la gana —puso el móvil sobre la mesa.

—Lo haré yo, este no tiene nada que ver —reí mirando a Bruno.

—Ya, pero como veo que él, te toca las palmas a todo...

—Oliver, ¿me estás llamando palmero?

—Más o menos —le sonrió con ironía.

—Mejor voy a beber, eso fue un golpe muy, pero que muy bajo —dio un trago.

—Bueno, que paso, yo solo te aviso —me miró a mí —que no deberías arrastrarte de esa manera, ella es mayor para decidir qué hacer con su vida y si decide casarse con otro, es por qué no le interesas lo suficiente como para romper eso.

—No lo veo así, pero te respeto —le di un abrazo.

—Y a mí que me den por culo —se quejó Bruno y nos abrazó.

Lucas vino por nosotros, los dejamos en sus casas y luego me llevó a la mía, me metí en la cama directamente, puse el despertador a las nueve y no tardé en quedarme dormido, el día había sido demasiado largo.

Capítulo 6



Sonó el despertador y yo me quería morir...

Me metí en la ducha y luego bajé a tomar un café con una pastilla, tenía que quitarme el dolor de cabeza.

Minerva me preparó el desayuno y le dije que tendría visita, que estaría en el jardín y que preparara unos zumos y un café cuando ella llegara.

A las diez en punto tocó el timbre y le abrí.

Fui a darle el encuentro y me abrazó sin rencor, sin echarme en cara nada.

—Ven, vamos a desayunar —dije cogiéndola de la mano—. Minerva está preparando el café y los zumos ¿Quieres algo de pan?

—No, gracias —puso su bolso en una de las sillas y se sentó sin soltar mi mano—. Qué ganas tenía que llegar hoy.

—¿Y eso?

—El martes me enteré de que hoy salía hasta el lunes a Praga de nuevo, ya que iban a cerrar el contrato definitivo y soñaba con este día.

—¿No te apetecía estar con él?

—Nada —apoyo sus codos en la mesa y se puso las manos en la cara frotándosela—. Por cierto, muy bueno lo de anoche de las canciones. Estabas bebido, ¿verdad?

—Un poquito —sonreí.

—¿Por qué te vas a casar con él?

—Se gastó una pasta ya en pagar el adelanto del convite, el viaje...

—Yo le doy el dinero —dije interrumpiéndola.

—No se trata de eso, además, mi padre es muy feliz con esta boda, tiene cáncer y le queda poco de vida, si no me caso me lo termino de cargar —confesó ante mi asombro.

—No contaba con eso... —Solté el aire y me contuve de llorar.

—Además, mi novio no se lo merece, no merece que lo dejé tirado cuando él, fue quien me ayudó a salir de la depresión que tuve cuando me bloqueaste de todas partes. No te lo conté, pero si no hubiese sido por él, habría terminado muy mal, llegué a tener anorexia.

Ahora fui yo, quien apoyó los codos en la mesa y junté mis manos, puse mi cara sobre ella y comencé a llorar.

—Lo siento, no sabes cuánto... —dije levantando la cabeza al comprobar que Minerva traía todo y, además, unas galletas que ella hacía de mantequilla—. Gracias —le dije y se apartó.

—Daría mi vida porque fueras tú, con quién estuviera, jamás te olvidé y nunca dejé de amarte, solo me acostumbré a vivir sin ti, pero no puedo, no puedo fallarle ni a él, ni a mi padre, no

viviría en paz, eso no podría hacerlo.

—¿Y vas a sacrificar toda tu vida estando junto a un hombre que no amas? —La miré llorando.

—Es mi elección —se encogió de hombros con una tristeza que me partía el alma.

—Me voy a volver loco —pasé nervioso mis manos por la cabeza.

—No quiero verte así, no sabes anoche, como me partía el corazón cada mensaje tuyo, aunque era para reírse, lo sufrí mucho —puso sus manos contra las mías.

Minerva volvió a aparecer, ese día se iba temprano, había dejado la comida lista y todo lo demás, pero los sábados solo venía un ratito y ya no volvía hasta el lunes.

Se despidió y nos quedamos solos.

—Me siento impotente, Elisa...

—Esto se nos fue de las manos, no sabía que esto podía pasar, pensé de todo corazón que yo volvería a revivir lo que tanto deseaba y que tú, te olvidarías de mí después...

—No quiero perderte —me levanté y me puse en cuclillas frente a ella, agarrándola por la cintura y mirándola mientras lloraba de dolor.

—No puedo hacer nada —se levantó y me hizo levantar, me abrazó con fuerza llorando.

Maldecía a la vida, por separarme de lo que más amaba en el mundo.

Entramos a la cocina y serví dos refrescos, luego fuimos al salón y nos sentamos en el sofá.

—Minerva me dejó preparada una lasaña, me gustaría que comieras en un rato conmigo.

—Claro —dijo frotando mis manos con cariño.

—Realmente me gustaría que te quedaras conmigo hasta mañana —dije sin poder contenerme.

—No te quiero causar más dolor... —su tono era de pena y tristeza también.

—Pues no te vayas, quédate hoy conmigo...

Me abrazó y entendí que se quedaría, así estuvimos un buen rato, mientras yo recorría con mis manos su espalda y la abrazaba con fuerzas.

—Te amo, Paul, te amo, que no se te olvide nunca —dijo causando que mi llanto fuera más incesante.

—Yo, con todas mis fuerzas, mi niña, no te voy a olvidar en la vida —dije roto por el dolor.

Decidí quitar un poco de hierro a ese momento tan duro y la llevé a la cocina, puse unas aceitunas y encendí el horno para calentar la lasaña.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—¿Sinceramente?

—Claro, Elisa.

—Estar todo el día abrazada a ti...

—Dalo por hecho —me acerqué a ella y le di un beso—, pero antes vamos a comer, luego te colmaré de abrazos.

—Gracias —sonrió con tristeza, pero su mirada reflejaba amor, yo sabía lo que sentía ella por mí, lo podía notar en cada momento.

La comida la pasamos en silencio, pensativos, se nos veía que estábamos sintiendo un dolor incesante y eso nos estaba matando, a mí, por no poder hacer nada por remediarlo y a ella, por no verse capaz de hacer sufrir a las personas que creía que les debía lealtad.

Tras la comida la llevé a mi dormitorio, encendí la tele y nos echamos en la cama abrazados, no quería más que eso, tenerla a mi lado, sentirla mía, amarla, abrazarla, todo aquello que conllevara a poder tenerla pegada a mí.

—A veces tengo la sensación de que siempre llego tarde a todo —dije abrazándola contra mí.

—Esta vez sí —dijo con tristeza, abrazándome.

—Maldita la hora que lo vi todo desde un punto egoísta —dije recordando la primera vez que la saqué de mi vida como si fuera un saco de papas. Ahora el karma me estaba dando duro, pero lo peor es que ella volvía a sufrir las consecuencias.

—Intentemos no pensar —se puso encima de mí con ese vestido corto de tirantes que llevaba y que le quedaba tan bien, sentada sobre mi miembro y yo, yo la necesitaba ya dentro de mí.

Puse mis manos en sus caderas por debajo del vestido y la ayudé a moverse, quería que en su cara se reflejara el placer y dejar a un lado ese dolor que mantenía firme en su rostro.

Comenzó a moverse y gemir con el roce de mi miembro un buen rato, mientras yo apretaba sus caderas y la ayudaba.

La desprendí del vestido y dejé sus pechos al aire, esos que, al volver a tenerlos en mi campo visual, me hicieron soltar todo el aire contenido, los apreté con mis manos, luego la aparté para quitar su braga y mi ropa.

Volvió a subirse de la misma manera, frotándose, pero esta vez libre, directamente...

La eché hacia atrás y la dejé abierta ante mí, comencé a lamerla, toquetearla, la hice ponerse a mil y la llevé a un orgasmo que se debió escuchar en toda la casa.

Volvió a subirse a mi miembro, pero esta vez metiéndolo en su interior, cabalgando hasta llevarme al máximo placer, ese que solo ella conseguía hacer de esa manera, la amaba y los sentimientos mezclados con sexo, eran una bomba agitándose en mi interior.

Nos abrazamos un buen rato, después de ese momento, uno de los tantos que tendríamos a lo largo del día, pues no salimos de la cama hasta la cena, donde pedimos unas pizzas y las comimos en el sofá, sin dejar de mimarnos, besarnos, mirarnos con esas miradas que lo decían todo.

Esa noche fue una locura sexual, lo hicimos de nuevo un par de veces, de forma suave, tranquila, sin prisas, llevándonos al límite, aguantando esa tensión sexual que provocábamos el uno en el otro.

Por la mañana desperté antes que ella y preparé un desayuno de lo más americano, lo llevé a la terraza, fui por ella y la bajé en brazos, reía negando agarrada a mi cuello, feliz, con una de las sonrisas más bonitas del mundo, haciendo que mi mundo dentro de la tristeza, fuera brillante por unos momentos, esos que estaba a su lado, a pesar de que faltaban pocas horas para ella volver a su realidad y yo quedarme en la mía.

La miraba mientras desayunaba, era de lo más sensual y bonita.

—¿Qué me miras?

—Ya lo sabes, estás impresionantemente bonita...

—Son los ojos con los que me miras —me sacó la lengua.

—No tengo otros —le hice una caricia en la mano.

—¿Me lo vas a poner más fácil esta vez? —preguntó con tristeza.

—Lo intentaré... —Mi semblante se volvió serio.

—Paul, no podemos estar así, nos vamos a morir de pena.

—No puedo, te juro que no puedo, tengo mucho miedo a volver a enfrentarme solo a mis días —me puse las manos sobre la frente.

—Escúchame, Paul, sé cómo te sientes, yo me siento igual, pero esto, no nos lo pone fácil.

Un silencio cambió el rumbo de la conversación, era volver a hablar de lo mismo, ya me había explicado sus razones y me gustaran o no, estuviera de acuerdo o no, estaban ya decididas y no me quedaba otra que respetarlas.

Ese día lo pasamos en la cama de nuevo, abrazados, llorando, amándonos, de mil maneras, pero juntos, hasta la comida la hicimos en la habitación, era nuestro lugar, donde nos sentíamos

libre, donde sabíamos que de nuevo era una despedida para los dos, tan dolorosa o más que la anterior.

Preparé unos sándwiches para cenar antes de que se marchara.

—Me gustaría que de vez en cuando me enviaras un mensaje contándome cómo estás, aunque sea cada varios meses —dije con tristeza, sentándome a cenar frente a ella.

—Lo haré, también me gustaría saber de ti, de que estás bien.

—No te preocupes, te escribiré.

—No tengas miedo a hacerlo, él no revisa mi móvil, tampoco se lo permitiría.

—Vale —me mordí el labio en un arranque de ganas de llorar, pero no, no lo iba a hacer.

—Cada lágrima tuya es mi dolor —me acarició la mano—. No quiero verte pasarlo mal, prométeme que intentarás hacer cosas y no encerrarte en ti.

—Lo intentaré —no podía ni hablar, el dolor era muy fuerte.

—Te voy a echar también mucho de menos, te voy a recordar cada día, pero lo quiero hacer con una sonrisa. Sé que me costará, pero quiero que tú también me prometas que lo harás.

—Prométeme tú que, si algún día te pasa algo, vendrás a buscarme y si tu matrimonio no funciona, seré tu primera opción.

—Paul, para entonces lo mismo estás felizmente casado y con niños.

—No está en mis planes, no creo que nadie consiga hacerme sentir lo que siento por ti y si no tengo esos sentimientos, prefiero quedarme como estoy —comencé a lagrimear.

—No digas eso, eres joven, tienes toda una vida por delante.

—Tú prométeme que me buscaras...

—Te lo prometo —lloraba de nuevo como yo.

Nos despedimos, la acompañé hasta el coche y nos abrazamos con ganas, desconsolados, sabiendo que ahora sí ya era para siempre, que no habría mensajes para presionarla, que debía respetar su decisión, esa que iba a ser un dolor de cabeza, ya que, nunca podría entenderla.

Me tiré un rato en el sofá, aún olía a ella, estaba su perfume impregnado por todos partes, así que agarré el cojín que olía a ella y lo abracé con todas mis fuerzas.

Le di mil vueltas a todo, busqué mil razones que pudieran ayudarme a paliar el dolor en esos momentos, pero no, no había nada que consiguiera calmarme ni un poquito.

Necesitaba al día siguiente recomponer mi vida por muy destrozado que estuviera, tomarme todos los días unas horas de rutina aparte del trabajo, volver a hacer deporte, salir a cenar un rato con cualquiera de los chicos, además de esos fines de semana en los que nos reuníamos y de cierto modo, eran un ritual en nuestras vidas.

Subí a la habitación y más de lo mismo, su olor sobre mi cama, podía cerrar los ojos y casi sentir que estaba ahí, lo único que no podía era tocarla...

¿Qué era el amor, si no el sufrimiento de saber que todo lo que necesitas existe, pero no puedes acceder a ello?

¿Qué era una vida en la que tenías todo, menos aquello que deseabas con todo tu corazón y tus fuerzas?

¿Qué era amar si no el deseo incontrolable de dos almas que palpitan, mientras sus cuerpos unidos desfogan?

Lo que yo sentía era un amor de verdad, de los que notas que solo se siente una vez en la vida y solo por una persona, era imposible volver a sentir eso por nadie, era realmente imposible.

Su imagen no se me quitaba de la cabeza, daba mil vueltas a la cama, intentaba ver algún video en el móvil, leer noticias, pero ni me entraba sueño, ni lograba concentrarme.

Lo que más me partió el alma es que yo pensaba que ella vendría el día anterior a reñirme y decirme que parara, como yo hice en su día, para luego bloquearla, pero no, ella vino a hacerme entender que no podía tirar de la cuerda, que ya estaba tensada y reforzada por una decisión irrevocable.

Vino para volver a hacerme sentir que ella también me amaba, que ella también estaba sumida en un túnel en el que no podía dar marcha atrás, a pesar de dejarme claro que era a mí, a quién amaba.

Todo aquello se agolpaba mi cabeza, mi corazón, me ahogaba y me llevaba al límite.

Pensé seriamente que el dolor seguía ahí, pero mi vida tenía que continuar, me esperaban muchas al día siguiente y el resto de mi vida...

Era duro, muy duro, las horas pasaban en el reloj y eran las tres, a las siete me tenía que levantar e irme a la oficina y yo seguía ahí, dando vueltas a todo, llorando como un niño que no encontraba consuelo en su vida, que no veía ninguna razón para ser feliz y que lo único que quería y deseaba, era algo a lo que no iba a poder tener acceso.

Aquello me rompía el alma, pero iba a tener que aprender a vivir con esa sensación, o morir en el intento...

Capítulo 7



Esa mañana debí dejar a Soraya patidifusa porque, de acuerdo que era lunes y que ese día solía necesitar una ración extra de cafeína, pero aquello ya era pasarse. Al quinto café entró en mi despacho.

—A ver Paul, aparte de mi jefe, somos amigos desde el año de la polca y quiero decirte que estás a una taza de café de subirte por una pared y bajarte por la otra, tipo “niña del exorcista”, tú ya me entiendes... —me dijo.

—Tienes razón, pues no me hagas ni puñetero caso y cuando te vuelva a pedir otro, me cuelgas el teléfono, sin más —le respondí, sin darle mayor importancia al asunto.

—Vale, mientras no repercuta en mi nómina, todo irá bien... —contestó ella, guiñándome un ojo.

Empecé a ver qué proyectos necesitaban un empujoncito aquella mañana y pensé que había días que mejor no levantarse, no podía ser otro que, la mansión de Mr. Nissen, un estúpido, egocéntrico y pretencioso millonario que cada vez que revisábamos los planes juntos, me la daba mortal.

—Paul, te recuerdo que Mr. Nissen, estará aquí en un par de horas. ¿Quieres que encargue unas pastitas inglesas, de esas que tanto le gustan a esa tienda de delicatessen en que...?

—Va a ser que no, Soraya, te lo agradezco, pero como Paul que me llamo, a este le quito hoy la mitad de las majaderías esas que le metió en la cabeza su padre el Lord. A partir de hoy, lo empezamos a tratar como a todo hijo de vecino y si no le gusta, ya le indico donde está la puerta, que no estoy para gaitas.

—¿Estás seguro, Paul? Te recuerdo que es uno de nuestros mejores clientes y que dicen que está muy bien relacionado, vaya, si hasta dicen que se codea con la mismísima Reina de Inglaterra.

—Pues mejor me lo pones, que le ponga ella las pastitas que, seguro que tiene la crème de la crème. Aquí se acabaron las contemplaciones...

—¡A sus órdenes! —dijo ella, haciendo el gesto del saludo militar y saliendo al galope de allí, al comprobar en primera persona, que el horno no estaba el horno para bollos.

No me equivoqué. Venía con ganas de demostrar que lo podía comprar todo con su dinero y yo, solo tenía ganas de huir de todo aquello, ir por Elisa a su casa y que nos escapáramos juntos a comer cocos a una república bananera y eso iba a generar un conflicto de intereses.

Después de poner una y mil pegas a un proyecto que ya habíamos repasado con lupa, venía la bomba...

—Paul, he pensado que hay que añadir un baño más en la planta baja y...

—¿Es broma no, Mr. Nissen?

—¿Broma? No entiendo...

Y tanto que no entendía, hasta que no se sacara el puto palo que llevaba metido todo el día en el culo, no entendería de bromas ni de ninguno de los placeres de la vida, el muy estirao...

—Le propongo algo todavía mejor...

—Dime, me entusiasma escuchar eso...

¡Cómo si él supiera lo que era el entusiasmo!

—Pues mire le iba a proponer que aquí cerquita están desmantelando un cuartel y que debe tener como unos cincuenta baños. Cómprolo y le damos una manita de pintura y un lavadito de cara y así usted echa una “meadita” en cada uno, marcando territorio y yo sigo con otros proyectos, cuyos dueños me permitan adelantar más, que es lo que necesito...

—Se quedó a cuadros y estuvo como treinta segundos procesando... Di un chasquido de dedos para devolverle a la realidad y por fin se cayó del guindo...

—Creo que tienes razón, lo dejamos como está —dijo, totalmente desconcertado.

—Pues eso digo yo también, así que, ya nos vemos el mes que viene.

Me quedé como perro al que le quitan pulgas. Llevaba demasiado tiempo intentando hacer las cosas bien, que todo funcionara fenomenal en el trabajo y en tan solo unos días, había entendido que me importaba un pimiento entrar o no, en la lista de las constructoras más fuertes del país, o contar con más o menos clientes de aquellos que, a la postre, te dejaban dinero, pero también tela de mal rollo en el ambiente.

No podía más. Lo había decidido. A mediodía llamaría a los chicos y les diría que no podían faltar ninguno la noche del viernes para trazar el plan “boicot a la boda”, que estaría en marcha en un santiamén y tendría que dar sus frutos sí o sí.

Elaboré un calendario con los tres meses y me juré a mí mismo que habría un plan “B” y “C” y así hasta un “Z”, pero aquel evento lo ponía yo patas arribas y el “sí quiero”, me lo iba a dar Elisa a mí, así me dejara un huevo y esta vez no hablaba de dinero.

El viernes, quedamos a las nueve de la noche en la tasca de siempre y los chicos estuvieron allí como clavos, Joel y Victoria incluidos.

—Ejem, ejem... —carraspeé. Si aquí hay alguien que se vaya a llevar las manos a la cabeza, que hable ahora o calle para siempre, pero tenemos que... —Cuando me quise dar cuenta, lo gritamos todos a coro —“¡Boicot a la boda!”

—Cabrito, me echarán de la familia por tu culpa, me echan de la familia y a Victoria también. Vá a conseguir que mis padres me deshereden—dijo Joel.

—¿Y lo feliz que vas a ver a tu amigo? ¿No compensa eso más, viendo a un “peaso” de colega como yo, al lado de ese “mujerón” que es tu prima?

—Un “peaso” de sieso, es lo que eres tú ¡Nos vas a meter en la más grande! —dijo Joel.

—¡Ofú que lío! Pero la más grande, ¿no era Rocío Jurado? —dijo Bruno, con ganas de buscarnos la lengua.

—Quiero saber todo sobre el tío ese, su nombre, dónde trabaja, sus aficiones y costumbres, hasta su número de pie.

—Sí y hasta cuánto le mide, ¡no te jode! Si te parece activamos aquí el plan, “teniente Colombo” —siguió diciendo, Joel.

—No le hagas caso a este que a mí sí me emociona el plan —añadió Victoria—. Yo me pongo en plan “vieja del visillo” y largo aquí a diestro y siniestro.

—Tú sí que eres una amiga, venga dale... —le dije.

—¿Pero así, a palo seco? Un jamoncito o algo, ¿no? Que con el estómago vacío no me funciona el cerebro y, además, esto parecería un interrogatorio en toda regla...

—Está en camino, y del bueno, lo mejor para la niña. Venga, que no tenemos tiempo que perder, empieza a largar...

—Se llama Alejandro Sierra, es abogado de uno de los bufetes más prestigiosos de la ciudad. Dicen que es un hueso duro de roer como negociador, con nervios de acero por lo visto y un estrategia nato. Y mira que me cuesta creerlo porque con Elisa, parece un corderito. Lleva los negocios de la rama internacional del despacho y últimamente viaja bastante, creo que ha estado en Praga dos veces.

—Sí, eso creo... —dije, mientras procesaba toda aquella información.

—Pues yo lo que creo es que es toda una paradoja. Él en Praga y tú con las bragas de su chica en la mano. Si es que aquí, el que no corre vuela... —dijo Bruno, partido de risa.

—Pues te advierto que no vas a tenerlo precisamente fácil, no es un rival débil, sino atractivo, poderoso, con don de gentes, el ego por las nubes y tiene encandilados a sus suegros —añadió Joel.

— Amigo, ¿no has pensado, que hay más peces en el mar? —preguntó Víctor—. Te prometo que me está dando pereza solo de pensar en la que vas a tener que montar para batirte con un tío, que parece que lo tiene todo a su favor.

—Yo también te quiero, Víctor. Gracias por tu apoyo y confianza.

—Haya paz—, dijo Oliver—, vamos a analizar minuciosamente la situación. Yo soy partidario de que tiene que intentarlo...

—Claro, como tú no te juegas nada, eso es tirar con pólvora ajena —dijo Joel.

—Victoria, tú tienes ojo para estas cosas, ¿a ti te parece trigo limpio ese tío, o crees que puede tener trapos sucios? Porque si es así, ya mismo los estoy sacando... —dije, deseando arrojar algo de luz sobre el asunto.

—A mí, en principio, me parece que es el tío perfecto —contestó ella.

—Gracias, ¿eh? Pues si tan perfecto es a lo mejor te apetece irte a ti también con él —dijo Joel, en un repentino ataque de cuernos,

—No seas tonto, amor. Lo único que quiero decir es que, desde fuera, no parece haber dónde rascar para meter mierda.

—Eso que se prepare, que se prepare... —dijo Bruno.

—Pero bueno, esto es una conspiración ¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? —le contestó Joel.

—Yo solito, ya sabes que me apunto a una ronda de aspirinas —le contestó.

—Pues igual te interesa saber que la pedida oficial de mano es el sábado que viene. Aunque ya está todo en marcha, tuvieron que posponerla un poco por lo apretada que tiene la agenda, Alejandro —añadió Joel.

—Yo sí que le apretaba, pero la corbata, ese se las promete muy felices, ¿quién se habrá creído que es? —solté en alto, sin pasar por la casilla de salida.

—¿El prometido y tú, el tío que le rompió el corazón en su día? —preguntó Joel.

—Otro rencoroso, ¿es cosa de familia o qué? —le pregunté a Victoria.

—No lo sabes tú bien... A estos le haces una y te la guardan hasta el día del juicio final —contestó ella, guiñándole un ojo a su maridito.

—Muy graciosa. Yo prefiero no saber nada de lo que vais a liar, al final saldremos en los periódicos...

—Bueno no nos desviemos del tema que, “a Dios pongo por testigo, que conseguiré a Elisa” —dije riendo.

—Sí, sí y de, “que no volverás a pasar hambre también” —dijo Victoria—. Jolines que, con la emoción, te has zampado todo el jamón.

Estaba dispuesto, no dispuestísimo a que esa pedida no se llegara a producir. Gracias a Victoria, supe que un último viaje a Praga, haría que Alejandro estuviera de vuelta tan solo cuatro horas antes de su comienzo, lo que apenas le dejaría margen de reacción si surgía un contratiempo.

Sonaron risas generales y, de fondo, en mi cabeza, solo resonaba una idea, una y otra vez. “Primer objetivo: boicot a la pedida”.

A la mañana siguiente llamé a Adolfo, el detective privado que contrató mi hermana cuando comenzó a sospechar que mi ex cuñado, le ponía los tarros.

—Quiero que seas su sombra durante unos días, necesito saber hasta cuántas cucharadas de azúcar le echa al café, si mea de pie o sentado. Necesito que me des un hilo del que tirar.

Volví a tener noticias suyas el martes...

—Algo esconde, Paul, todavía no sé qué, pero te digo que este tío, no me gusta ni un pelo. No sé si es un mafioso, si un golfo o si una persona sin escrúpulos, pero no me gusta y lo voy a averiguar...

Unas horas más tarde tuve una nueva llamada suya...

—Te vas a caer muerto. ¿A Praga, dice? Ese tío no tiene billetes para Praga, los tiene para París. Llega allí el viernes a primera hora y está de vuelta el sábado al mediodía y me juego lo que quieras, que tiene un lío de faldas... Le he escuchado hablar por teléfono del viaje con una chica, de lo más cariñoso, e incluso decían algo de un niño. Lo mismo es uno de esos listillos que tienen una doble vida... Con dos familias —me contó Adolfo.

—En breve tendrás que darme la razón, porque nos vamos de viaje para quitarle la careta al gilipollas ese —le dije a Joel, cuando le llamé. Él y Victoria no podrían venir, ya que íbamos a volar en su mismo avión).

—¡Tú estás como las maracas de Machín, chaval! ¿Un lío Alejandro? Si bebe los vientos por Elisa. Olvídalo... —me espetó, un tanto ofendido.

—Tendrás que rendirte a la evidencia, cuando traigamos pruebas gráficas —le dije convencido.

—¿Traigamos? ¿Sois una panda de tarados! ¿Quién te acompaña?

—Pues los tres mosqueteros: Bruno, Víctor y Oliver —contesté orgulloso—. Ellos, ya me lo han confirmado.

—¡Me vais a buscar la ruina! No quiero saber ni una palabra más, ni dónde vais, ni con qué propósito, bastante es saber con la intención que lo hacéis.

Mucho antes de subir al avión ya lo habíamos identificado. Lo conocíamos por fotografía, gentileza de Victoria e incluso lo habíamos investigado en las redes, de arriba abajo. Evidentemente, allí no había ni rastro de sus trapos sucios.

La suerte era que él, no nos conocía a ninguno. Estaba seguro de que el muy sinvergüenza, había aprovechado la vulnerabilidad de Elisa cuando la dejé, para tenerla de segundo plato y ahora, ¡se iba a quedar con las dos!

—¡Yo me voy a cagar en todo lo que se menea! —dijo Bruno, nada más ponerse el cinturón de seguridad.

—Vaya numerito cada vez que tenemos que volar contigo, campeón... —dijo Víctor.

—Dejadlo en paz, lo que tiene se llama aerofobia y les pasa a muchas personas, es miedo a

volar —dijo Oliver—. ¿No tienes tú miedo al compromiso y nadie te dice nada, Víctor?

Risas generales y Bruno algo más relajado, aunque todavía se le notaba que temblaba de pies a cabeza, parecía que estaba metido en una sauna, porque sudaba a chorros.

—Sí es que yo no tenía que haber venido, os hubiera esperado...

—Oye, aquí vamos todos a una y no se hable más —dije—. Piensa en algo agradable, como en la cara que va a poner Elisa, cuando se vea libre del compromiso con ese farsante.

—Sí, eso no me lo perdería por nada del mundo.

—Pues eso, que recuerdes que vas a formar parte de...

—Sí, sí, de un entramado para dejar al descubierto “un amor tan grande, tú no puedes esconderlo por ninguna parte...” —empezó a cantar por, El Arrebato. Y es que, el “jodío”, hasta cuando estaba al borde del colapso, tenía gracia.

Capítulo 8



La llegada a París fue realmente monumental y poco tenía que ver con sus edificios. La mañana se había puesto fea y el avión empezó a moverse como una coctelera.

—Juro que voy a echar aquí, hasta la primera papilla —dijo Bruno, blanco como la cera.

—No serás capaz... —añadió, Víctor.

—Yo no lo dudaría —indicó, Oliver.

—Pues haz el favor de mirar para este que es el que tiene la culpa, por si acaso sueltas un cañonazo —soltó Víctor, señalándome a mí.

—Tengamos la fiesta en paz, majaderos —sentenció—. Por fin estamos llegando. En cuanto nos bajemos del avión hay que seguirle. Si lo perdemos de vista, habremos hecho el viaje para nada.

Se veía venir. Tan pronto nos bajamos y Bruno se puso en pie, se mareó. Por más que queríamos avanzar deprisa su lamentable estado nos retrasaba y llegó un momento en el que perdimos de vista a Alejandro.

—¡No te ha dado de lleno de milagro! —chilló Víctor, alborotado.

—Me muero... —añadió Bruno, hecho polvo, después de echar un caño, que casi hace vomitar también al resto de los viajeros que avanzaban hacia la salida de la terminal.

—Desde luego, sois lo más impresentable que se despacha en amigos —dije, horrorizado ante la perspectiva de no ver a Alejandro, por ninguna parte.

—¡Está allí! —dijo Oliver, demostrando ser el único que tenía dos dedos de frente.

—¿Lo ves? ¿Está acompañado? —pregunté.

—Sí, hay una chica con él. ¿Qué digo una chica? ¡Es un cañonazo...!

—No hables de cañonazos que este se emociona y echa otro —dijo Víctor.

—¡Os queréis callar ya, pendejos! No hacéis más que estorbar, menos mal que está Oliver —chillé angustiado.

—Gracias por la parte que me toca —añadió Bruno— y por tu interés, sí, ya estoy mejor...

—Perdona amigo, es solo que estoy algo nervioso. Me juego mucho en esto. Ya lo sabes...

—Oliver, ¿lo sigues viendo? ¡Saca la cámara! ¿La tienes ya?

—Sí, sí, objetivo preparado... Lo tengo a tiro y confirmo que es un auténtico desgraciado, lleva también un niño en brazos.

¡Bingo! No cabía en mí de felicidad. De un solo plumazo liberaría a Elisa, de su compromiso con aquel energúmeno.

—¡Por tu padre, Oliver, apunta bien! Saca fotos a tutiplén, quiero todo un reportaje, es mi seguro de vida. A Elisa le va a encantar saber qué tipo de negocios hace su prometido en

Europa...

—Pues sí que le va a salir carito el polvo pre-pedida. ¿A qué clase de degenerado se le ocurre encontrarse con su amante en París, el día antes de una cosa así? —dijo Víctor.

—¿Su amante? Pero si tiene hasta un hijo con ella. Yo le partiría toda la cara, pero esto va a ser mejor, voy a hacer que Elisa, lo maldiga.

—Estáis seguros de que nos alojamos en el mismo hotel que él, ¿no? —dijo Bruno—. Porque no veo la hora de tumbarme en una cama...

—Somos como los de resacón en Las Vegas, pero en patético, ¿eh? —dijo Víctor.

—¡Y una mierda! ¡Nada de patéticos! Hemos venido con una misión y hemos triunfado como la Coca Cola —dije, con una sonrisa de oreja a oreja.

Estábamos seguros de que, al estar en su mismo hotel, le pillaríamos muchas más instantáneas. Lo único que me había fastidiado es que el vómito de Bruno, nos hizo perdernos el momento del reencuentro entre los tortolitos. Me hubiera encantado captar el besazo de tornillo que debían haberse dado al reencontrarse, pero, a falta de pan, buenas eran tortas...

—Para mí las mejores son esta y esta, risitas de complicidad, abrazos al niño... ¿Se las pasas ya, a Elisa? —preguntó Oliver.

—¿Estás de coña? Se las entregaré mañana en mano. Justo antes de la pedida, para darle la satisfacción de que pueda mandarlo a paseo delante de todo el mundo. Y conozco a uno que va a tener también que pedirme disculpas. Le voy a dar con las fotos en toda la cara...

—Es normal que haya dudado tío. El tal Alejandro, parecía ser perfecto para su prima y él no tenía por qué dudar. Al fin y al cabo, por lo que estamos viendo, es un timador profesional, tiene un buen tinglado montado.

—Mándaselas ya “¡Boicot a la boda!” —chillaron todos de camino al hotel.

—Conque, tarados, ¿eh? —Puse bajo la primera foto que envié a Joel, en la que se observaba la evidencia de la “familia feliz...”

—¡Es acojonante! ¡Más pringados y no nacéis! ¡No jodáis que estáis en París!... —respondió veloz.

—¿Sí? ¿Por...? —contesté acojonado.

—Esa chica es la hermana de Alejandro. Sabía que viene mañana a la pedida, pero creía que lo haría en tren porque tiene terror a volar. Supongo que su hermano ha preferido acompañarla para que puedan venir en avión ella y su sobrino y se ahorren mil horas de trayecto. Es una sorpresa para Elisa, porque se quieren mucho, por eso le dijo que iba de nuevo a Praga.

Me quedé helado. Le iba a decir a Adolfo de todo, menos bonito. Y desde luego la próxima vez lo iba a contratar “Rita la Cantaora...”

—Te ha ganado por goleada, ¿no? —me dijo Oliver.

—Sí, pero es la primera jugada del primer tiempo y queda tela de partido por delante amigo... —le dije, haciendo un esfuerzo por dibujar una sonrisa.

—¿Y para eso me he expuesto yo, a perder la vida? —dijo Bruno, quien de blanco ahora, había pasado a estar amarillo.

—¡Pareces un Simpson! —le dijo Víctor.

—Sí, sí, ya estoy mejor. Oye, ¿qué es eso que tienes ahí? ¿Un bichillo?

—¿Dónde? —preguntó, poniéndose a la defensiva.

—Espera, es una araña, te la quito... —añadió Oliver.

—¿Qué dices? ¿¡Dónde, dónde! —comenzó a gritar, desesperado...

—¡En la casa del conde, carajote! Se están quedando contigo.

Si algo había en el mundo que le diera pánico al espabiladillo de Víctor, aparte del compromiso, eran las arañas.

—¡Sois unos mequetrefes!

—Donde las dan... —comenzó a decir Bruno.

—Las toman —terminó Oliver.

—Pues eso digo yo, que os vayáis un poquito a tomar por culo... —remató Víctor.

—No se os puede sacar de casa. Menos mal que el que está jodido soy yo... —dije, con la cabeza ya hirviendo.

Llegamos al hotel, soltamos las cosas y cambié el chip de inmediato. Tenía que demostrarle a Elisa, de qué pasta estaba hecho y no iba a batirme en retirada a las primeras de cambio. Todo en Alejandro, me olía a chamusquina y no iba a parar hasta desenmascararlo...

La juerga que nos corrimos en París esa noche, fue épica. Pasamos por la mayoría de los locales de moda y las botellas de champagne, caían de dos en dos.

—La próxima vez que venga a la ciudad de la luz, será con mi chica de la mano. Brindemos por eso —dije, borracho ya como un piojo, mientras mis amigos, también de lo más perjudicados, comenzaban a cantar la mítica “La vie en rose”, abrazados fraternalmente.

Al día siguiente, instalados ya en el cómodo sillón del avión, no sabía si me dolía más la cabeza, por la cogorza de la noche anterior, o el orgullo, por el vapuleo que me había dado Alejandro, sin siquiera saberlo. Allí lo tenía, cuatro filas por delante con, “su mujer y su hijo”.

—Está claro que ese Adolfo, está en el mundo porque tiene que haber de todo, ¿no? —preguntó Víctor, con ganas de buscarme la lengua.

—No calientes más, anda... —le contestó Oliver, viendo la cara de mala leche que se me estaba poniendo.

—No te preocupes que ya me he vacunado contra la “guasita” que me viene encima durante una temporada, pero en realidad estoy pensado en la siguiente. Tengo que lograr anular esa boda y mucho me temo que, sin fecha, no hay “sí quiero” que valga. Ya os contaré, echemos ahora una siestecita de vuelta.

Ese sábado fue un calvario para mí, sentía la sensación de la derrota, cuando creí que vendría con la miel en los labios, un dolor de cabeza acojonante por la resaca y otro más grande en el alma, sabiendo que iban a pedir la mano de mi amor, por la tarde.

Nos reunimos en mi casa esa noche. En el fondo, adoraba a todos y cada uno de esos personajes y había aprendido que, en los peores momentos, sabes quiénes son realmente, tus amigos.

—Te juro que habría pagado por ver la cara de “mónguer” que se te quedó, cuando te dije quiénes eran “la amante y el hijo” de Alejandro. A ti esto, se te está yendo de las manos... —me soltó Joel, con la primera cerveza.

—Pues tú espera, que la siguiente idea viene ya de camino. Vamos a anular esa boda y ahí me tienes que ayudar tú, Oliver, que eres el que aparentas mayor formalidad.

—¿Yo? ¡Ay, Dios! De esta vamos a acabar todos entre rejas, yo estoy empezando a irme por la patilla.

—No seas “cagao”, además, tampoco se debe estar tan mal en el talego —dijo con sorna, Bruno.

—No y, además, tu no notarías ni demasiado cambio, a diario tendrías que hacer lo mismo que hasta ahora, es decir, absolutamente nada, pero otros tenemos un trabajo y... —replicó Oliver.

—Míralo por el lado positivo, te lo ponen todo por delante, dicen que no se come mal, tienes sexo gratis, todo el que quieres —añadió Víctor.

—¡Mis cojones, sexo gratis! Callad ya un poquito, zumbados...

—Un poquito de, por favor, que tengo algo que proponer. Oliver, tú vas a llamar esta semana a la Iglesia, con voz de lo más afligida y vas a decir que lo sientes muchísimo, pero que dejas el día libre para otra pareja que lo pueda aprovechar, pues habéis roto y no hay vuelta atrás. Te pedirán todos tus datos, que nos va a proporcionar Victoria y, cuando se enteren, alguien tendrá ya, su día y hora.

—Pero eso no te va a librar de este tío, ni a ella de casarse...

—Pero nos hará ganar tiempo. Si necesitan unos meses más para encontrar otro sitio en el que poder pasar por vicaría, igual Alejandro, mete la pata en algo y allí estaré yo para delatarlo...

—¿Y si eso no funciona? Tienes que ir pensando más cosas —dijo Victoria, activando el modo “mujer maléfica”, que ponía los vellos de punta.

—Sí, sí, aquí tenemos que ir siempre llevando la delantera, pero la cuestión es ir ganando tiempo... —dije.

Capítulo 9



—¡Hecho, amigo! —me dijo Oliver, cuando descolgué el teléfono a media mañana del lunes.

—¿Has sido convincente?

—Joder, si hasta me he puesto a llorar al teléfono, solo me ha faltado mearme encima.

—Muy bien, muy bien... Cuando vengán a enterarse de la maniobra, faltarán pocas semanas para la boda y esto no habrá dios que lo deshaga y nunca mejor dicho...

Estaba que no cabía en mí de gozo y esa semana necesitaba algún contacto con Elisa, por muy poco que fuera. Sabía dónde comía, a qué gimnasio iba, por dónde salía a correr y, por supuesto, dónde trabajaba. De hecho, no muy lejos de allí había unas obras que yo mismo estaba llevando ¡Se me encendió una lucecita...!

Con la carpeta de los planos en mano, el viernes rondaría su establecimiento hasta verla salir. Además, sabía que iba a trabajar de punta en blanco y la sola idea de verla en todo su esplendor y en su papel de ejecutiva, me encendía. Había aprendido a desearla, pero también a quererla y a admirarla.

La tarde del jueves fui de compras y me hice con un traje de Hugo Boss, que me fascinó a primera vista. Con línea Slim Fit, a cuadros, era un atuendo espectacular para llamar la atención de Elisa y, además, de lo más propio para trabajar.

Rondé su zona hasta que la vi de lejos. Fui ajustando la velocidad hasta casi darme de frente con ella y su cara de sorpresa lo dijo todo, cuando levantó la mirada.

—¿Paul?

—¿Elisa?

—Sabía que trabajabas por aquí, pero no pensé que nos veríamos... He venido por lo de las obras del centro comercial, dos calles más allá, pero aparcar por aquí es toda una odisea, no hay quien lo logre, el parking está hasta la bandera y vengo del quinto pino, no te envidio tener que hacerlo a diario.

—Bueno, tengo mi propia plaza reservada —añadió con una tímida sonrisa en esos labios que hubiera besado a placer... Se notaba que estaba contenta pero cortada—. Tengo que irme, como algo rápido y vuelvo al pie del cañón, ya sabes la presión de tener tu propio negocio, la gente cree que el dinero cae solo del cielo... —dijo.

—Es verdad, no te robo más tiempo...

—No es eso, es solo que, esta situación es muy complicada. Cuanto más hablo contigo, más ganas me dan de mandar todo al garete y no puedo. Intento todo el día quitarte de mi pensamiento, aunque...

—¿Qué?

—No lo consigo... Luego está el tema de los preparativos, ¿sabes? Me ha sobrepasado el bodorrio que quiere Alejandro. Yo ya tengo bastante vida social por negocios, a mí me hubiera encantado una boda...

—¿Cómo?

—Disculpa, no me siento cómoda hablando de esto contigo, me duele demasiado...

Me partía el alma verla así, pero tenía la certeza de que habíamos hecho un “kit-kat” y que no iba a celebrarse, al menos, no ese día...

—¿Cómo te hubiera gustado a ti casarte...? —dije, conteniéndome a tiempo, porque iba a soltar un, “cariño”.

—Ya no tiene sentido, dijo con lágrimas en los ojos. De hecho, solo queda ultimar unos trámites y todo estará concretado. Incluso ha sido la pedida y todo...

Me hice el tonto porque yo no tenía por qué saberlo. Fueran cuales fueran esos planes, al final se daría cuenta de que no tenía fecha y, mientras ponían el mecanismo de nuevo en marcha...—. Sonreí por dentro.

Siempre he pensado que las casualidades no existen, que todo pasa por algo y eso fue algo que el destino se encargó de demostrarme en aquel momento....

—¿Qué te queda por ultimar? —pregunté.

—Poca cosa. La verdad es que tengo que decir que, en contra de lo que pasa en otras bodas, que Alejandro se ha ocupado de casi todo. Solo me queda una pequeña cuestión de papeleo y...

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Tenía que ser de papeleo? Se suponía que debía estar todo atado y más que atado, a esas alturas. Crucé los dedos...

—¿De papeleo, has dicho?

—Sí. ¿Recuerdas que nací en Holanda, porque mis padres vivían allí en ese momento? Pues nada, hemos tenido unos problemas a la hora de aportar la partida de nacimiento, pero vamos, que a final de semana la recibo, la llevaré a la Iglesia y punto final...

¡Punto final decía! Acababa de desmontar mi siguiente plan sin saberlo. Se acabó mi dosis extra de tiempo. Volvía a estar como al principio, es decir, bien jodido. ¿Y si encima me descubriría? Ya sería el acabose...

—Por cierto, Paul, te sienta de muerte ese traje... Eso es estilo —me dijo, guiñándome el ojo.

—Pues tú estás, sencillamente espectacular, preciosa —respondí.

Nos despedimos con un fuerte abrazo y seguí caminando cabizbajo.

—¡Estamos en un lío, Oliver! —le dije, en el momento que contestó el teléfono.

—Eso digo yo también, que, buenas tardes.

—No estoy para monsergas. Elisa va a pasar esta misma semana por la Iglesia. Mi gozo en un pozo. Y encima se me ha metido en el coco que se pueda enterar de mi plan y odiarme, porque me pidió por activa y por pasiva que no me inmiscuyera...

—Por eso pierde cuidado... ¿Sabes esos nuevos curas que están reclutando de África?, pues uno de esos fue el que me cogió el teléfono. Casi me tengo que entender con él por señales de humo. Me aseguré bien de que cogiera el nombre de los novios y la fecha que tenía que anular, pero por lo demás, no va a saber explicar ni “papa”, del rollo que le solté. Pensarán que ha sido un malentendido y Santas Pascuas...

Esa semana intenté centrarme en el trabajo. Por las noches pensaba en lo guapísima que había visto a Elisa. Me volvía loco ese look con falda de tubo negra, que marcaba sus caderas hasta la extenuación, camisa blanca ligeramente abierta, medias de rejilla rematadas con un tacón negro de aguja y melena suelta potenciada por sus labios rojos... Decidí llamar a Bruno.

—Bruno, Brunete, mañana, reunión de emergencia en la tasca. Asegúrate que no falte ni un alma. Hay que organizar la segunda y esta vez, no podemos fallar. Hay que liársela parda al menda ese, en la despedida de soltero...

Por fin llegó la ansiada noche y todos allí prestos, a dar ideas.

—Se me ocurre algo que puede ayudarte —dijo Victoria.

—Eso es, tú anima, a ver si consigues que a mi tío le dé un soponcio... —replicó Joel.

—Un soponcio le va a dar, si finalmente entiende que ha lanzado a su hija hacia los brazos equivocados.

—¡Ahí le has “dao”! —añadió Bruno.

—Desembucha Victoria, que te quiero más por momentos, ¿te lo había dicho?

—¡Oye, oye, que corra el aire! A ver si al final el que va a salir escaldado soy yo —dijo Joel.

Hubo risas generales. Estábamos haciendo una verdadera piña y cada vez tenía más claro que íbamos a dar jaque, a la bodita de marras...

—Verás, hace años Alejandro, tuvo una novia de juventud que después se hizo stripper...

Al unísono todos empezamos a silbar. Éramos unos, cabezas huecas, no había duda y, además, necesitábamos quitar algo de hierro al asunto.

—Callad, alcornoques, ¡orden, orden! ¿Quién me mandaría meterme en esta panda de descerebrados?

Se hizo el silencio y todos la escuchamos con atención y en especial yo, que me jugaba la vida en ello.

—Pues lo cierto es que, a Elisa, no le hace ni pizca de gracia esta chica, ya sabéis, le sienta como una patada en el estómago encontrar cualquier conexión entre ella y Alejandro. No sé si me explico, lo típico... Le ha pedido que la borre del face y demás...

—Te veo venir y me encanta...

—¡Exacto! Si logramos infiltrarla en su despedida de soltero y hacer una foto del momento en el que comience a bailar sensualmente, él no tendrá ni tiempo a decir “esta boca es mía”, cuando las fotos ya estén en manos de Elisa. Yo misma me aseguraré de estar a su lado en ese momento para decirle que es todo un cabroncete... Y que él, lo ha orquestado todo para pasar esa noche con ella.

—Es cojonudo... ¡Guerra, guerra! —dijo Víctor.

—Y bastante sucia, por cierto. —dijo Joel—, pero vamos, que yo no digo nada...

—Y tú, ¿qué opinas? —le pregunté a Oliver, sabiendo que era quien solía poner algo de coherencia al asunto.

—Pues yo opino que en el amor y en la guerra, todo vale ¡Vamos a por todas!

—Pero, ¿cómo lo haremos, le ocultamos a ella que se trata de Alejandro o no? —preguntó Bruno.

—Vamos a pensar —siguió Oliver—. Si ella no sabe nada, al verlo puede mandarlo a hacer puñetas allí mismo y ni bailecito ni nada. Si Elisa ha conseguido que él, la borrara de su vida de un plumazo, estará calentita con el asunto...

—Entonces, ¿qué propones? —pregunté, emocionado.

—Pues convertirla en nuestra aliada. Aprovechar el resquemor que debe sentir hacia él, para que nos ayude y nos siga el rollo. Hay que lograr que sea él, quien se quede totalmente fuera de juego, cuando se le eche encima...

—¡Ole la madre que parió, esa cabeza tan bien amueblada que tienes! —dijo Bruno, frotándose las manos.

—Oye, a ti te veo yo muy aparente para la negociación, lo dejo en tus manos y, ni que decir tiene, que le ofrezcas el dinero que te pida sin rechistar, como si es todo el oro del mundo, yo lo pago encantado —le dije.

—Claro, claro, me lo pienso pasar como un enano. Tú déjalo de mi cuenta, que esa despedida, va a dar la vuelta al mundo...

—Estupendo, como vosotros no vais a estar allí cuando se líe la marimorena... —dijo Joel.

—¿Quién dice que no? De alguna manera tendremos que hacer acto de presencia, ya que, alguien tendrá que hacer las fotos...

—Yo os mato, sois unos auténticos, piezas...

Ultimamos los detalles del plan y cambié la conversación de tercio...

—Oye Victoria, ¿tú sabes algo de la boda que le hubiera gustado a Elisa? Según me ha contado, no solo es con el novio con lo que está a disgusto...

—A ver parece ser que Alejandro, aunque debe quererla mucho, es de esas personas que no da puntada sin hilo. Por esa razón, ha pensado que la boda es una buena ocasión para estrechar lazos con un montón de empresarios de la ciudad y ha organizado un circo multitudinario.

—Y eso no es del agrado de Elisa, ¿verdad?

—No. Si por ella fuera, se habría casado con el traje de novia de su madre, con unas orquídeas en la mano, en una ermita perdida de la mano de Dios en medio del monte y con la sola compañía de sus más allegados.

—Vaya, ¡de lo más bucólico! —dijo Víctor.

—Calla insensible, es una idea encantadora, aunque tú no puedas llegar a entenderlo nunca.

—Claro, como Víctor se metió de todo en los noventa, Víctor es tonto, ¿no?

La noche transcurrió entre bromas y buen rollo. Desde que echaba tanto de menos a Elisa, los chicos se habían convertido en mi refugio.

Capítulo 10



—Eres un capullo con suerte. Te cuento... —me dijo Bruno por teléfono, a media mañana del lunes —Ya sabíamos que esta chica, Violeta se llama, no es cualquier cosa y tiene la agenda más apretada que los tornillos de un submarino, pero le he dicho la despedida de quién teníamos que sabotear y...

—¿Y qué?

—¡Pues que le han hecho los ojos, chiribitas! Vamos, que dice que por fastidiar a esa sabandija (así lo ha definido), se saca un ojo. Es la prueba irrefutable de que está despechada.

—¿Entonces...?

—Pues que, aunque esa noche tenía otras dos despedidas que atender, ha dicho que “nanai de la China”, que va a dedicarse a Alejandrito en exclusiva...

—Dicen que a la tercera va la vencida, ¿no?

—Sí. Eso dicen.

—¡Pues, a por ese capullo!

—Y otra cosita más, no nos va a cobrar. Dice que, para ella, no es trabajo, que es una gran satisfacción y que le va a dar donde más le duela.

—¡Esto merece una celebración el viernes, como es debida!

—No lo dudes...

Esa semana tenía que contener mis ganas de ver a Elisa o ella podría acabar sintiéndose atosigada por mi presencia. Aunque tenía la certeza de que también le encantaba verme, las despedidas eran muy dolorosas y ni siquiera sabíamos bien lo que decir en esas ocasiones.

La semana pasó más rápido de lo que esperaba. La procesión iba por dentro, pero la esperanza de dejar a Alejandro “tocado y hundido” el día de su despedida, me hacía coger fuerzas por momentos.

Antes de que me quisiera dar cuenta, el viernes se echó encima y estaba allí, en la tasca de siempre, rodeado de todos los chicos.

—¡Aviso a navegantes! Tenemos fecha de despedida —chilló Victoria, desde lejos.

—Escupe, escupe, que vales tu peso en oro, chiquitina —le dije, con ganas de cogerla en volandas.

—Pues nada, que yo no he visto un tío más soso en mi vida. Han decidido hacer la despedida un mes antes para tener menos tensión de cara a la boda, como si esa “fiestuki”, fuese una obligación más.

—Ese es un rancio, como la copa de un pino —añadió Bruno—. Con lo que mola una despedida de esas, la noche antes y llegar a la boda a lo justo, con unas ojeras como un mapache y

la novia con ganas de cogerte de los pelos...

—Ni tanto ni tan calvo, yo creo que, en un punto medio, está la virtud —dijo Oliver.

—Sensacional... Por mi parte cojonudo, como si la quiere celebrar mañana y así Elisa y yo, podremos estar juntos antes... —dije.

—Y fueron felices y comieron... —añadió Víctor.

—Ración de puño del bueno es lo que vas a comer tú, como no te calles ya un poquito —le dije.

—¡Y esas no son todas las buenas noticias! —siguió diciendo Victoria—. Elisa celebra la suya el mismo día, de modo que, confirmo que estaré muy cerquita de ella cuando lleguen las fotitos. Por lo tanto, podré arrimar la ascua a tu sardina, querido Paul...

—¡Soy un tipo con suerte! Y de aquí a nada, os digo que esta reunión va a tener un miembro más, dejarás de ser “chica única...” —le dije a Victoria, guiñándole el ojo.

—Y estaré encantada. Esto de estar rodeada de seres que tienen las neuronas justas para no cagarse encima, cansa —rio divertida.

Un abuceo general y miles de risas y bromas, protagonizaron una velada que ya desde el inicio, apuntaba posibilidades.

El lunes comenzaba una nueva semana y mis ganas de verla, eran ya casi incontenibles. Si ella supiera la de veces que tenía que apartar mis dedos a lo largo del día, para no enviarle un wasap que le confirmara que yo seguía ahí, en la sombra, esperando que ella moviera ficha... ¡Joder!, de aquella, iba a necesitar terapia...

Quedaban cinco semanas para la despedida y tenía que dosificar. Tendría que esperar un par de semanas más, para verla y ya luego estaría más cerca de mi noche triunfal.

—Eso no es óbice, para que demos una vuelta por su trabajo de vez en cuando y te des al menos el gustazo de verla, aunque sea de lejos, ¿no te parece? —me dijo Lucas, con mucho convencimiento, camino del trabajo. (El día de mi encuentro con ella, preferí conducir yo para tener la excusa del aparcamiento).

—Tienes razón, pasa por allí despacito, please. A ver si sigo siendo un hombre afortunado y la veo, al menos, entrar.

—¡Allá vamos! —respondió él, disfrutando del momento.

—¿No es lo más bonito que has visto nunca? Le dije, mientras la mirada en la distancia.

—Pues sí y tiene unas piernas de revista, eso es innegable —contestó.

Su look me hacía babear. Una gabardina beige, no podía llevar otra cosa... Con su cinturón abrochado, lucía esa prenda cool, como nadie y el rollo que desprendía hacía que todo el mundo se la quedara mirando.

—Muerdo por tenerla ya, para mí solito, Lucas —le dije, cuando entró en su lujoso establecimiento y la perdí de vista.

—¿Me lo dices, o me lo cuentas? —añadió riendo—. Un poco de paciencia amigo. Todo llega...

Fueron varios los días que pasamos por allí a esa hora. Sus distintos looks y, sobre todo, la forma de lucirlos, hacían que me enamorara más por momentos...

Así, entre idas y venidas a su trabajo, muchos proyectos profesionales, el gym y los encuentros de fin de semana con los amigos, pasaron quince días más y ya estábamos a tres semanas de la despedida.

Aquella mañana de martes tenía el palpito de que ese día le daría el encuentro y seguro que la volvería a ver. El caso es que no me apetecía que volviera a ser en el mismo ambiente.

—Hoy voy a verla, pero por la tarde, no te preocupes que no te voy a necesitar —le solté a Lucas, nada más verlo.

—¿Y eso? Escupe anda, que lo estás deseando.

—Pues que voy a hacerle la competencia a ese pringado con la artillería pesada. Me pasaré por su gimnasio con la excusa de hacerle llegar a Victoria un recado de Joel, porque ellas van juntas. Y me plantaré allí con la moto —le conté.

A Elisa le encantan y no sabe que tengo una. No se lo dije porque quería sorprenderla un día que fuéramos de ruta. Hasta le había comprado un casco a su medida y, al final fue ella la que me sorprendió a mí y no nos dio tiempo de nada.

—Miedo me da ver dos bombonazos así y sin guardaespaldas —dije, con el casco puesto, cuando las vi salir del gym...

—Graciosillo a la vista —soltó Elisa, sin reconocerme.

—Y con premio creo —añadió Victoria riendo, pues ella sí sabía que era yo...

—¿Paul? —preguntó asombrada, cuando me quité el casco.

—El mismito que viste y calza, señoritas —añadí, haciendo una reverencia.

—¿No es una ricura? —le preguntó Victoria, echándome un evidente cable.

—¡Guauuu!, no sabía que....

—Me aficioné al poco de que lo dejáramos. Creo que fue tu entusiasmo por las motos, lo que me hizo lanzarme a comprar este... —no me dio tiempo de terminar.

—¡Ese pepinazo! ¡Es alucinante! Y tú estás, estás con ese mono...

El look la había sorprendido. Estaba claro que Alejandro podría ser muy buen tipo o lo que le diera la gana, pero cuando repartieron la gracia y el saber sacar partido a la vida, debía estar fuera de la cola.

—He venido para avisarte que Joel, se ha quedado sin batería. Me ha dicho que no podía localizarte y que se le ha complicado un poco el trabajo. No quería que te preocuparas —le dije a Victoria.

—Y ya que el Pisuerga pasa por Valladolid, ¿no? —contestó Elisa.

—Pues sí, he pensado que me apetecía despejarme un poco y así veía a dos bellezones de los que quitan el hipo...

—Huy, huy, huy... Me parece que sobro. Os dejo —dijo Victoria, abriendo su coche.

—¿Dónde vas, alma de cántaro? Que me has traído tú, ¿no recuerdas...?

—Te voy a decir, dónde voy, me voy de paseo que aquí, no pinto nada. Os dejo a solas, vuelvo a por ti en diez minutos.

—Te llevaría encantado a casa, pero...

—Ya, no tengo casco. No te preocupes...

Hubiera sido muy descarado llevar un casco para ella y, además, la mía era una moto de carretera, no sé dónde hubiera podido meterlo.

—Eso es, bonita.

—No sabes lo que me gustaría poder perderme contigo e irnos juntos a ninguna parte...

—Tengo una ligera idea, créeme...

Sonreímos y debimos permanecer así abrazados, sobrando las palabras, con la intensidad con la que solo pueden hacerlo dos amantes desesperados...

Fue el claxon de Victoria, el que nos devolvió a la realidad.

—Chicos, debemos marcharnos, ¿no, os parece?

Tenía claro que era la última vez que iba a poder tocarla o hablar con ella hasta el día de la

pedida, el ansiado día “H”, en el que quería que todo empezara de cero, como canta Dani Martín. No pude evitarlo, me salió del alma...

—Te quiero, Elisa, no lo olvides.

Su sonrisa fue lo más parecido a un “yo también te quiero”, que se me pudo ocurrir...

Capítulo 11



La mañana del día “H” estaba increíblemente nervioso. Esa noche era la despedida y faltaba un mes para la “no boda”, porque ya tenía clarísimo, que no se iba a producir...

Cambiando nuestra rutina, nos reunimos al mediodía.

—Joel, ya sabes, no tienes que preocuparte de nada. Nosotros estaremos en el mismo local, pero pasaremos desapercibidos entre cualquier otro grupo —dije.

—Eso es y, en un momento dado, os iréis al reservado. Y allí será donde aparezca Violeta, para sorpresa de todos. Tú no des el cante en ningún momento. Muéstrate encantado como el resto, ni más, ni menos efusivo. Totalmente neutral —dijo David.

—Eso y piensa que va a haber mucho jaleo, de manera que, cuando Oliver entre en el reservado, nadie va a reparar en él. No será el único que saque el móvil para echar fotos. Lo harán varios de ellos, llevados por lo emocionante del momento —añadió Bruno.

—Eso y tú, las manitas quietas Joel, no tienes que hacer absolutamente nada. Yo me encargo del trabajo sucio —remató Oliver.

—Y, ¿a partir de ahí? —preguntó Joel.

—Pues a partir de ahí Paul, enviará las fotos a Elisa, pero, por supuesto, no desde su móvil, tiene preparado uno de esos de empresa al que no se le puede hacer un seguimiento.

—Muero por ver su cara de “lo tengo todo controlado”, totalmente descolocada. Este se va a enterar de lo que vale un peine... —solté.

—Dame una sola razón por la que deba creer que esta lucha tuya tiene sentido y que Alejandro no se merece a mi prima, Paul y entonces te ayudaré.

—Porque yo no supe quererla en su momento, pero él tampoco está sabiéndolo hacer ahora.

—Y eso, ¿por qué? Hasta donde yo sé, fue él quien la ayudó a salir en la mierda de pozo en la que se hundió tras lo tuyo...

—Sí, pero de eso hace mucho y ella no se lo tiene que agradecer eternamente. Se está aprovechando de la situación —dije, golpeando la mesa.

—Explícame eso.

—Pues sencillamente pienso que, si la quisiera de corazón y no egoístamente, sabría leer entre líneas y vería que ella no está enamorada de él, y no la empujaría a un matrimonio abocado a hacerla desdichada.

Se hizo un silencio. Había hablado mi corazón y la reacción del bueno de Joel, no se hizo esperar.

—Eres un cabrón con pintas, pero cuando tienes razón, la tienes. ¡A mis brazos! A partir de ahora, voy contigo a muerte.

La tarde fue pura euforia. Las chicas arreglándose por su cuenta y los chicos por la nuestra. Era una suerte que Victoria fuera alguien tan cercana a Elisa, porque se emperifollaron juntas y ella me iba retransmitiendo vía wasap, cuando se quedaba a solas.

—Mándame una foto, anda, ¡la necesito!

—Espera que estemos listas...

Sublime, ese fue el único adjetivo que se me vino a la cabeza cuando la vi. Enfundada en un vestido rojo pasión con transparencias que dejaba su espalda al aire y ensalzaba su generoso escote. Me quedé sencillamente, embobado.

—¿Qué opináis? —les dije a los chicos—. ¿Soy o no, un tío con suerte? Joel y no digas eso de que “estoy vendiendo la piel del oso antes de cazarlo”, ¿eh? Que hoy estoy vacunado contra aguafiestas.

—No iba a decir eso amigo, te he dicho que estoy contigo. Está increíble.

—Desprende glamour —dijo Oliver.

—Joder con el finolis, está para mojar pan... —dijo David.

—No te pases, anda —le dije.

—Eso, eso, no te pases, que solo está para partir pescuezos según vaya andando. Más de uno se levanta mañana con tortícolis —sentenció Bruno.

—Majaderos, va llegando la hora. A partir de mañana, seremos uno más y todo os lo debo a vosotros...

—Sí, que todavía me dan mareos cuando me acuerdo del puto viajecito a París... —dijo Bruno.

Al salir de mi casa nos separamos. Joel, se fue con el grupo de Alejandro y sus amigos a la cena. Y nosotros a la nuestra. Más tarde nos uniríamos en el local concertado. Por su parte, las chicas andarían a su aire, en su propia cena, aunque nosotros contábamos con Victoria, como infiltrada en ese grupo.

La cena fue divertida y emotiva. Los chicos estaban felices por mí y yo, me salía del pellejo de los nervios...

—¿Os habéis dado cuenta que nos está pasando como al grupo de “Big Bang Theory”, amigos? De aquí a nada estamos todos con pareja, niños... —dijo Oliver.

—Che, che, habla por ti, que a mí no ha nacido la que me eche el lazo... —añadió David, a la velocidad del rayo—. Además, ¿nos has comparado con esos científicos raritos? Médico tenías que ser...

—Pues yo no sé qué tiene de malo lo que ha dicho Oliver —dije con sonrisa de felicidad...

—¿De veras me lo dices? ¡Joder!, malo emparejarse, pero dejar encima que un cafre egoísta y demandante recién nacido tome posesión de todo lo que antes era tuyo, como tú mujer, tu tiempo libre o tus noches, a mí me da algo... —contestó David.

—Claro, claro y el egoísta es el niño —coreamos los demás.

—Eso sí que me pone. Violeta dice que se está preparando ¿Una foto? Coño, está mandando una foto... —chilló Bruno.

Era un caso. Hizo un gesto como de desmayo al verla y faltó poco para que se cayera de verdad...

—Me acabo de enamorar —dijo, enseñando la imagen.

—Tú y todos —gritó David.

—Menuda diosa —añadió Oliver.

Faltaba una hora para el momento que tanto había soñado. ¿Me llamaría Elisa cuando

recibiera las fotos, o tendría que esperar a la mañana siguiente? Tardar no iba a tardar, desde luego...

El local estaba abarrotado y estábamos todos flipados por la cercanía de un momento tan importante. David y Oliver, parecían estar ligando. David con una rubita que daba la impresión de concentrar en sus caderas, todo el ritmo del local y Oliver con una morenita, con pintilla de intelectual que le venía, “como anillo al dedo”.

—¿Qué haces? —le dije a Bruno.

—Le estoy dando un poquillo de vidilla a Violeta, que nunca se sabe —me dijo, guiñándome un ojo.

—No me la distraigas mucho ahora, campeón, por lo que más quieras, ya luego tendrás tiempo...

En ese momento vimos aparecer a Alejandro y sus amigos y pensamos que Joel, tenía el cielo ganado, porque los amigos parecían compartir con el abogado, el palo en el culo que llevaba metido siempre.

—¡Buf...! Se acabó la fiesta —dijo Bruno.

—¿Y eso? —respondí.

—¿No los has visto? Son la puta hostia, la alegría de la huerta. Se las van a llevar a todas de calle...

—Eres un cabroncete.

—Pero que dice verdades como melones...

Mis nervios se acrecentaban por momentos y tenía el corazón en un puño.

—Violeta ya está aquí —me dijo Bruno—. Voy a darle el encuentro por la otra puerta. Ve enviándole el wasap a Joel. En diez minutos, en el reservado.

—9, 8, 7, 6, 5... No llegué a 4 ¿Dónde diablos iba Alejandro, corriendo hacia fuera? En ese momento sonó mi teléfono. Era Victoria.

—No lo he podido evitar, Paul, lo siento... Cuando las chicas han comenzado a hablar de la boda, Elisa se ha puesto muy triste y se ha bebido ella solita una botella de vino.

—Pero, ¿está bien?

—Tiene una melopea de padre y muy señor mío y ha comenzado a llorar y a decir que no se encontraba bien. Me he ofrecido a llevarla a casa, pero ni corta ni perezosa, ha llamado a Alejandro, no sé si para romper con él, en un arranque de valentía, o para que fuera quien la acompañara. El caso es que igual ya es tarde, pero debes evitar que salga del local.

—Me temo que ya es tarde, amiga...

En una fracción de segundo mi tercer plan se desintegraba ante mis ojos y la desesperación se apoderó de mi cabeza. Parecía como una maldición. No había forma de romper ese compromiso, ¿o sí?

A un mes de la boda mi vida era caótica. El despertador me mató el lunes. Solo quería dormir y dormir. Olvidar y no pensar. Y lo malo es que llevaba dos noches soñando a saco con Elisa, viéndola llorar y cuando me despertaba, sentía que estaba derrumbado.

—Te vas a quedar en los huesos Paul, tienes más mala cara, que la rodilla de una cabra, hijo... —me dijo Minerva aquella mañana, arrancándome una sonrisa a la fuerza—. A ti lo que te hace falta es un chute de potaje, pero como sé que no almuerzas en casa, te voy a preparar una tortilla de patatas campera para cenar, que te vas a chupar los dedos. Se acabaron en esta casa las cenitas light.

—Lo que tú digas estará fenomenal, jefa —contesté dándole un beso antes de salir.

—No puedo con mi alma, Lucas —le dije, poniéndolo al día de todo.

—El tío ese es como una lagartija, Paul, se zafa de todas. Le tengo unas ganas...

—Pues anda que yo... Y eso que no has visto su cara de cretino, sabelotodo y sus aires de superioridad.

—Vamos, lo que viene siendo un “don mierda” en toda regla, ¿no?

—Yo no lo hubiera dicho mejor...

—¿Te llevo de paseo, a ver a la niña? Porque tienes una cara de muerto, que no vas a dar muy buena impresión en la oficina, hazme caso...

—Tú mandas —le dije, reclinándome en el asiento.

Pero fue peor el remedio que la enfermedad. Aquella belleza avanzaba por la calle con aire solemne, pero tan triste que conmocionaba.

—Ves lo mismo que yo, ¿verdad, amigo?

—Lo veo, Paul. Debe haber tenido días mejores. Lo siento de corazón por vosotros, pero todavía tienes un mes por delante y dos narices, ¡lo sé de primera mano!

Si sus códigos generales de vestimenta me dejaban sin habla, el de aquella mañana era para quitarse el sombrero. Un traje de chaqueta negro, de corte masculino, con camisa blanca, rematada también por un vivo negro, era complementado con un cierre plateado de su firma. En cuanto al calzado, negro, rematado en ondas y de alto tacón.

—Me bajo aquí.

—¿Qué dices loco?

—Que no doy más, déjame aquí, por favor. Luego iré al trabajo dando una vuelta.

No le di el encuentro de frente, sino que la seguí varios pasos por detrás y lancé un silbido de admiración. Como era de esperar, no se volvió. Debían lanzarle un millón de esos, al día...

—Esos andares levantan a un muerto. No me extraña que sea una firma de joyería lo que tienes, si es ahí donde debieron fabricarte a ti preciosidad...

—¿Paul?

—No me digas nada que solo he dicho lo que piensa toda la calle, lo que pasa es que se lo callan.

—¿Qué haces aquí?

—Ya sé que no debería, es solo que...

—¿Solo qué...?

—Que, si en algún momento cambias de opinión, sabes que estaré esperándote, o si necesitas algo o si...

—Te habrá contado Victoria... No la culpo. También es tu amiga. Perdí el control la otra noche. Con el vino, se me fue la situación de las manos...

—Ojalá me hubieses llamado a mí y no a él.

—Ojalá hubiera podido...

Nos abrazamos y sus lágrimas cayeron sobre mis solapas.

—Fuguémonos. No es broma, elige un punto en el mapa, a ciegas y estaremos allí en cuarenta y ocho horas. Estoy dispuesto a dejarlo todo. Mi vida no tiene sentido sin ti.

—Ni la mía, amor...

Fue el “amor” más triste del mundo y la despedida más amarga que jamás pude imaginar.

—¿De veras quieres que desaparezca, mi niña? ¿Es lo que necesitas?

—Por desgracia, sí...

—Entonces no te volveré a importunar...

Capítulo 12



A ella no volví a molestarla, pero el hacha de guerra no pensaba enterrarla. El caso es que maldecía en arameo una y otra vez porque, por más que pensaba no daba con la tecla.

Los chicos y yo habíamos barajado todas las posibilidades habidas y por haber. Estaba desde el más elegante, que era Oliver y votaba porque fuera a hablar con Alejandro y le explicara abiertamente mis sentimientos hasta David, que, opinaba que tenía que buscarme a una chica sin ataduras y pasando por Bruno, que sugería emborracharlo la noche antes de la boda y montarlo en un tren rumbo a donde Cristo perdió la boina, sin móvil, sin identificación y sin nada.

Joel y Victoria, se sentían saturados al respecto. Y así estábamos justo el sábado antes de la boda, a siete días del enlace más triste de la historia y atados de pies y manos.

—Yo me pongo una capucha y le doy un susto en un callejón que a este se le quitan las ganas de boda, te lo digo yo —me espetó Bruno, ante el silencio general.

—Claro, claro y con eso ya está todo solucionado, “so” borrico. Se ve que cuanto más tiempo tiene uno para pensar, menos asunta...

—¿Y si lo secuestramos? —dijo David. A ver, no me miréis así, no hablo de meterlo en un zulo un año. Solo el fin de semana de la boda, le damos alguna pastillita para que tenga alucinaciones y luego que le explique a Elisa y a su padre, que ha estado en no sé dónde viendo dragones dos días, con quinientos invitados esperando y ella compuesta y sin novio...

—¡Menudos lumbreras estáis hechos! Yo también quisiera ver al tío ese cogiendo las de Villadiego, pero mucho me temo que las cosas no funcionan así, ¡hostias! —dijo Oliver, bastante más alterado de lo que cabría esperar de él.

—Chicos a mí me vais a perdonar, pero esta noche no tengo el cuerpo para jotas, creo que me voy a ir pronto —dije.

—Anda cariño ven, que te doy un abrazote —añadió Victoria—. Te digo yo, que aquí no tiramos ninguno la toalla, vamos a estar atentos hasta el final y esa “churri-boda”, no se va a llegar a celebrar.

La semana pasó como un largo tormento. Las noches eran interminables y rezaba porque llegara alguna señal a mi móvil, pero nada. La mañana del viernes pensé en tirar mi vida por la borda y huir a la quinta puñeta sin dejar ni una nota. Después caí en el despropósito que aquello supondría...

—Reunión esta noche —dijo Bruno, cuando descolgué el teléfono.

—Esta noche me temo que no —dije—. Tengo compañía.

—¿Elisa? ¿Va a pasar contigo su última noche de soltera?

—No cenutrio, tengo una botella del mejor coñac del mundo, reservada para mí solito. Pienso

encerrarme en casa y tirar la llave por el váter.

—¡Así me gusta, amigo! ¡Verte positivo! Venga hombre, no digas tonterías... Estamos todos a una...

—Bueno, Brunete, no me hagas mucho caso, luego hablamos anda...

Serían más o menos las once cuando Soraya, lanzó la bomba.

—Paul, yo sé que no tienes buen día, te lo noto, pero Mr. Nissen, viene para acá. Dice que no puede esperar, que es algo muy urgente y que necesita que lo recibas.

— De acuerdo, no te preocupes Soraya.

Aunque era cierto que me encontraba fatal, no podía desatender mi negocio si quería tener algo por lo que seguir luchando a partir de la semana siguiente. Era la última persona que deseaba ver esa mañana, pero tenía una cuenta pendiente con él. O, mejor dicho, él conmigo. Su mansión estaba terminada y, sin embargo, el último pago se estaba retrasando y sin ninguna explicación por su parte.

—Paul, ya está aquí, ¿le hago pasar?

—De acuerdo Soraya y, nada de pastitas —sonreí.

—Buenas Paul... Debes estar algo extrañado. Te debo una disculpa.

—No le voy a decir que no, Mr. Nissen.

—Y lo malo es que no traigo buenas noticias. He sufrido un serio, muy serio revés en mis finanzas. He sido objeto de una brutal estafa y estoy en un momento que debo calificar de más que, comprometido...

—Lo siento, pero, ¿dónde quiere llegar? ¿Hasta qué punto me afecta esto que me cuenta?

—Tú cobrarás Paul, pero necesito un tiempo. El golpe lo ha dado un tío frío y calculador donde los haya y, por el momento, ha logrado hacerse con prácticamente toda mi liquidez. Me quedan posesiones, acciones, pero no dinero disponible.

—Pero, ¿cómo es posible? No entiendo...

—Yo tampoco. O sí. He sido muy confiado. Verás, soy un hombre de mundo, ya sabes... Tengo negocios en prácticamente todos los países europeos y, junto con los business, he sido aficionado a los matrimonios... Me he casado seis veces, con mujeres de distintas nacionalidades y nunca he tenido reservas con ellas.

—Y, ¿cuál ha sido el problema, entonces?

—Pues que parece que la última ha sido más lista que yo y ha urdido una buena treta. Por desgracia, aunque hemos convivido aquí todos estos años, ya está de vuelta en su país, pero, desde luego, no tengo duda de que el brazo ejecutor del asunto vive en esta ciudad, porque los movimientos se han orquestado desde aquí. Y el golpe maestro lo dieron ayer. Ahora deben estar celebrándolo juntos y repartiéndose el botín allí, porque ella no se atrevería a volver a poner los pies aquí...

—Pues sí que es una historia para no dormir.

—Lo siento Mr. Nissen. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Apenas dos meses, no creo que necesite más.

—Ok, hablaré con mis abogados y prepararán un contrato con una cláusula especial.

Cuando salió de mi despacho pensé en que no era yo solo el que tenía problemas. Respiré aliviado pensando en lo horrible que debía ser que la gente de tu entorno te traicionara y decidí que esa noche iría con los chicos, como si de cualquier otro viernes se tratara.

—¿Cómo estás, amigo? Me dijo Victoria, de lo más cariñosa.

—Estoy, solo estoy, ¿y tú? ¿Cómo llevas aguantar al pesado de tu marido? ¿Te he dicho alguna

vez que, si te cansas de él, siempre podrías...?

—Echa el freno mamonete, que te veo venir, a ver si voy a pagar yo lo platos rotos... Cada oveja con su pareja... ¡Propongo un brindis! —dijo Joel—. ¡Brindo porque, como mínimo, siempre estemos los mismos que estamos esta noche y, si puede haber alguna añadida, bienvenida sea!

—Totalmente de acuerdo amigo.

Entonces fue cuando rogué al universo que nos escuchara y que me diera algún cabo del que tirar...

En un cierto momento de la noche, con David ligando, Bruno chateando con Violeta, (al final parecía que iba a haber tema) y Joel y Victoria, dándolo todo en la pista, me quedé tranquilamente hablando con Oliver, el más cuerdo del grupo.

—¿Cómo estás amigo?

—Jodido, Oliver, como si me hubieran dado una puñalada, no voy a mentirte. Por cierto, hablando de puñaladas, al menos somos afortunados. Te voy a contar, en confianza total, ¿te acuerdas de Mr. Nissen?

—Sí, sí, el milloneti ese que te pone de los nervios. El de los humos tan subidos, ¿no?

—Ese mismito. Pues, ya no los tiene tan subidos.

—¿Y eso?

—Lo han desvalijado. Bueno, ha sido su mujer en conjunción con algún cerebritito privilegiado...

—¿De qué habláis? —dijo Joel, que llegaba en ese momento, dejando a Victoria bailando al estilo “Pulp Fiction” con Bruno, divertidísimos...

—A ver, te lo voy a contar a ti también, de Mr. Nissen...

—El millonario ese de los baños, ¿no?

—Sí, que igual a partir de ahora necesita alguno menos, porque su mujer lo ha dejado, pero se ha llevado hasta el último céntimo.

—¡Hostia! ¿La checa?

—¿Y cómo sabes qué es checa? Yo lo sé porque me lo ha recordado hoy Soraya, al salir del despacho, ¿pero tú?

—Pues lo sé porque Alejandro es su abogado, aunque ya sabéis lo reservado que es. El caso es que se le escapó un día a Elisa, que estaba muy achispada. Y de hecho él, se molestó muchísimo con ella, lleva lo del secreto profesional a rajatabla.

¡No podía ser! ¿De verdad iba a tener tanta suerte?

—Dime una cosa Joel, ¿dónde está ahora mismo Alejandro?

—En Praga, como otras veces, ha tenido que volar de urgencia, pero mañana a primerísima hora, está de vuelta, se viste y, ¡se casa!

Caí desplomado en el sofá. Definitivamente no es que tuviera suerte, es que no había un hombre en la faz de la tierra que tuviera más que yo...

—Joel, no hagas preguntas por favor, ¿confías en mí?

—Claro que sí, Paul.

—Pues acompáñame mañana al aeropuerto, vamos a recibir a Alejandro, como es debido...

Capítulo 13



Si me hubieran dejado, lo habría esperado al mismo pie de la escalinata, pero me conformaba con ver su asquerosa cara cuando llegara a nuestra altura. Reí pensando que al final le debía una disculpa a Adolfo. No creía que Alejandro tuviera un lío con la checa, en ese caso, seguramente no estaría a un paso del altar con Elisa, pero que era un mafioso, ya no cabía duda.

—Joel, no te esperaba —dijo de lo más asombrado al vernos. ¿Y Victoria?

—Victoria está bien, no te preocupes, se ocupa hoy de la boda de Elisa...

—Querrás decir de nuestra boda, te recuerdo que soy el novio —dijo con tono pretencioso.

—No, quiere decir, nuestra boda. Te informo que yo, soy el novio —le dije.

Sin duda, hasta aquel, jamás había vivido un momento más impresionante en mi vida. Me sentí poderoso, muy poderoso.

—¿Qué coño está diciendo y quién mierda es este tío? Quitad los dos de en medio, antes de que me líe a mamporros y me quede solo.

—Nada me gustaría más que darte las del pulpo aquí mismo, mal nacido, pero mi chica se merece que salga guapo en las fotos.

—¡Yo te mato! Joel, ¿esto es una broma pesada, una especie de “cámara oculta” o algo?

—No, esto es un juego que te va a encantar. Tú te quedas quietecito y mudito como el enano de Blancanieves y yo me quedo con la princesa Disney y no hago público que tú eres quien ha dejado con los bolsillos temblando al Mr. Nissen. Eso sí, le devuelves hoy mismo todo su dinerito contante y sonante, que soy uno de los perjudicados por tu vil estafa —le advertí a Alejandro.

—Si le pinchan en ese momento, no le sale gota de sangre. Estaba pálido como la pared. Sabía que, a un chasquido de dedos míos, su título de abogado no le serviría más que para adornar la pared y sería el hazmerreír de toda la ciudad.

—Creo que esto es un lamentable malentendido y podemos hablar como caballeros que somos, ¿no os parece?

—Pues sí, me parece que tú eres el caballero que se retira y yo el que se lleva el gato al agua. Si estás de acuerdo, esto queda en tablas. Eso sí, yo me encargo de dar las explicaciones pertinentes en el momento adecuado y tú no vuelves a entrar en contacto con Elisa, por ningún medio en tu puta vida. ¿Hay trato?

—Hay trato... —dijo, resoplando.

—Y alegre esa cara hombre, que te espera una maravillosa vida de single por delante.

Una vez todo atado y bien atado, me quedaban tres horas para convertirme en el novio perfecto, ese que Elisa merecía.

—Victoria, eres mis manos y mis pies en esa casa —dije nervioso, comenzaba a prepararlo

todo en mi cabeza.

—Dime. Haré justo lo que digas.

—Lo primero es que saques a mi futuro suegro de allí. Que nos espere en la cafetería que hay a cien metros de donde vive.

—Pero, ¿cómo lo convengo de que se vaya justo hoy?

—Dile que Alejandro quiere darle una sorpresa de última hora a su hija y necesita ponerse de acuerdo con él.

—¡A la orden!

—Y eso no es todo. Me vas haciendo dos favorcitos y no son negociables...

—Miedito me estás dando...

—¿Has tomado ya café?

—No, justo ahora íbamos a desayunar.

—Muy bien. ¿Dónde está Elisa?

—En su dormitorio.

—¿Y tiene allí el traje de novia?

—Sí, colgado en una percha. Sobre su cama. Vas a flipar cuando la veas con él, es una pieza única....

—¡Y una mierda! Coge dos tazas de café y mándame un wasap, cuando estéis en su dormitorio, echando un último vistazo a los preparativos. Un minuto después yo te llamaré y tú tendrás el móvil al lado del vestido. Te lanzarás sobre él y verterás, como por accidente, la taza enterita de café sobre él.

—¿Qué dices, loquito?

—Hazme caso, por favor y no hagas preguntas. Eso no es todo...

—¡Ay madre mía! ¿Te parece poco? ¡Elisa me va a matar!

—No lo creo. Oye, ¿ha llegado ya el ramo?

—Acaba de llegar. Es flipante.

—Déjalo a la altura del perro. Me ha dicho Joel, que tienen un cachorro de Golden Retriever que no deja títere con cabeza, ¿no?

—¿Pero se te ha ido la cabeza del todo?

—Y todavía hay una cosa más...

—Mande, de “perdío al río...” Total no creo que Elisa, me vuelva a mirar en la vida.

—¿Sabes planchar bien?

—Sí, Joel puede decirte...

—Pues ya estás sacando del baúl de los recuerdos el traje de su madre y dejándolo sin una arruga.

—¡Ay, ladrón, que te veo venir!

—Yo no soy un ladrón, pero conozco a uno que sí lo es y que en este momento se tiene que estar comiendo las uñas.

La siguiente llamada fue a la mejor tienda de trajes de la ciudad. Era cliente VIP y no habría ningún problema. Me confirmaron que me iban preparando algo acorde para el tipo de ceremonia que íbamos a celebrar y que podíamos pasar en una hora por él.

—Paul, yo voy llamando a Minerva. Le digo que te prepare un baño y que el peluquero esté en casa cuando llegues —me dijo mi amigo y chófer Lucas.

—Sí, por favor. Mientras Joel y yo, vamos hablando con su padre, me consigues las orquídeas más bonitas de la ciudad. Luego se las dejas a Victoria, en casa de Elisa.

—¿Y en qué más te ayudo, Paul?

—Tienes que ir a recoger las alianzas que nos están preparando los empleados de Elisa. Victoria les han explicado y saben muy bien cómo acertar de pleno.

Nunca he vivido una situación más surrealista como la de presentarme ante el padre de mi futura mujer y decirle que me iba a casar con su hija en pocas horas. Que había mandado a tomar viento al que él, tenía por su yerno ideal y que los planes del día iban a ser ligeramente diferentes.

En un primer momento, creímos que le iba a dar un infarto, pero en pocos minutos, estaba abrazado a mí y diciéndome que nunca me podría agradecer lo suficiente, haber librado a su hija de semejante sinvergüenza.

—Llévame a casa y encárgate de avisar a Adolfo. Él fue el primero en ponerme sobre aviso, pero, después del primer fallo, ya no le creí. Quiero que sea uno de los testigos de mi boda, junto contigo y el resto de los chicos —le dije a Lucas, después de dejar a Joel en casa de Elisa, con Victoria.

—Pero, si no es mucho preguntar, ¿dónde te casas, Paul?

—En un entorno bucólico, amigo...

Estaba vistiéndome cuando sonó el teléfono. Era Joel...

—Paul, ha sido la caña cuando Elisa, ha visto el vestido hecho unos zorros.

—Espero que no se haya disgustado mucho.

—¿Disgustado? Ha dicho que le den morcillas a Alejandro, que ahora se tendrá que conformar con el hecho de que se case con el vestido de su madre.

—¡Me parto...!

—Y eso no es todo...

—¿Hay más?

—Sí. Ha alentado al perro a terminar de cargarse el ramo de novia. Victoria le ha dicho que encargará unas orquídeas que, por otra parte, ya tenemos aquí porque nos las ha traído Lucas.

—Estoy feliz, amigo. No podría imaginar nada mejor. Tengo también las alianzas. Su gente la conoce bien. Son de su estilo por completo. Sencillas, pero con un no sé qué especial, que las hace únicas, como mi niña...

—Queda llevarla hasta la ermita sin que sospeche y eso, es más complicado... No es precisamente el mismo camino que el de la catedral en la que teóricamente se tiene que casar...

—Para eso os vais a tener que devanar los sesos vosotros. Yo no doy más de sí.

—Sí, también nos estamos encargando de movilizar a los pocos que tienen que asistir a la ceremonia. En cuanto al resto, no hay apuro, tendrán su gran celebración, se hartarán de comer y beber, solo que sin novios...

Llegaba la hora y la emoción se multiplicaba por momentos. Minerva, Lucas y yo, íbamos en mi coche. Mi familia estaba alucinada y mi madre me había llamado unas diez veces para preguntarme si era broma o no, que tuviera que vestirse de madrina. Prometía dármela mortal cuando me viera.

—Elisa no queremos que te disgustes, pero hay un pequeño problema. Igual llegamos un poco tarde a la boda —le dijo Victoria.

—¿Es algo grave?

—No. Solo que Alejandro acaba de llamar y dice que hay un embotellamiento bestial por la entrada norte de la ciudad. Por lo visto, ha habido un escape de gas o algo parecido y las calles están cortadas.

—Y, ¿estaba nervioso?

—Mucho...

—Pues entonces vamos a dar un rodeo gigantesco —dijo riendo—. Estoy harta de sus formalismos y exigencias. Llegaremos cuando tengamos que llegar.

El mismo coche nupcial contratado la esperaba en la puerta.

—Señorita, si me lo permite, parece usted una actriz de Hollywood, con ese aire vintage. Mire que yo he visto novias, pero ninguna tan especial...

El favor que nos hizo el sacerdote de la pequeña y preciosa ermita en la que Elisa se había bautizado fue descomunal. La noche anterior los chicos lo habían buscado por cielo y tierra y él, había aceptado. El resto de la historia se la conté yo, rodeado de los escasos cincuenta invitados, nuestros más allegados.

Mis piernas temblaron cuando la vi bajar del coche. Joel y Victoria la habían entretenido lo suficiente con su charla como para que no reparase en cuál era el camino que estaban tomando. Y, en el momento preciso Victoria, fingió tener náuseas y necesitar bajar del coche... “No estarás embarazada, ¿verdad?”, le preguntó, mientras abrían las puertas.

Dos enormes lágrimas corrieron por mis mejillas, cuando levantó los ojos y me vio.

—¿Paul?

—¡Te quiero Elisa, te quiero! —dije, rompiendo el protocolo y echando a correr hacia ella.

—La cogí en volandas ante la mirada atónita de todos. Por suerte, Oliver fue lo suficientemente perspicaz como para inmortalizar el momento con su cámara.

—¡No entiendo nada, no entiendo nada!, —chillaba ella, loca de felicidad, mientras todos los invitados aplaudían, a más no poder.

—Ejem... Va a comenzar a sonar la marcha nupcial —dijo el sacerdote, emocionado también por lo que allí se estaba viviendo.

—Papá, ¿puedes explicarme? —le preguntó mientras su orgulloso padre y padrino, le extendía su brazo.

—No hay nada que explicar, cariño mío, todo está donde tiene que estar. Solo quiero que vivas el día más feliz de tu vida.

—¿Y tú, papá?

—Yo tengo la posibilidad de vivirlo contigo y ese, es el regalo más grande que la vida me podía hacer...

La emotiva ceremonia la vivimos cogidos de la mano y con la más grande de las sonrisas en nuestros rostros. En determinados momentos, las lágrimas afloraron y las dejamos caer con la misma naturalidad con la que nos habíamos enamorado.

El “puedes besar a la novia”, me supo a gloria y solo la advertencia de Bruno, indicando “que os vais a asfixiar”, nos devolvió a la realidad.

—Mi amor, ¿cuándo vas a explicarme? No entiendo nada...

—Y no hay nada que explicar. Como te ha dicho tu padre, todo está donde tiene que estar y lo demás fue un mal sueño. Mañana habrá tiempo para las explicaciones, hoy solo quiero que todo fluya... ¿Eres feliz?

—La pregunta es, ¿se puede ser más? Porque creo que este, es el tope.

—Pues no lo sé, pero lo comprobaremos. Y si se puede ser más, lo seremos.

El entorno era realmente inigualable. Una pequeña carpa con unas mesas dispuestas, a modo de buffet. La hermana de Oliver, que tenía una empresa de catering, había improvisado un almuerzo variado y delicioso que nosotros no hubiéramos elegido mejor.

—La tarta es una pasada. Cariño esto es un sueño...

—Te pellizco cuando quieras para demostrarte que es realidad, preciosa. De hecho, me están dando unas ganas de pellizcarte ese culazo que tienes...

—Pues yo no te voy a decir de lo que tengo ganas porque entonces esto se iba a acabar demasiado pronto, pero, acércate, acércate...

Lo que me dijo al oído me alteró tanto, que me tuve que quitar la chaqueta y desabrochar la corbata. Estaba en esas, cuando Bruno se acercó.

—Paul, ¿te importa si se une una persona más al baile?

—No me importa amigo, llámala...

—Lo que vas a ver ahora quizás te choque un poco amor, pero solo quiero que, cuando la tengas delante, consideres que ella también ha contribuido a que todo esto sea hoy realidad.

—Yo mejor no pregunto... —dijo Elisa, echándose las manos a la cabeza cuando vio a aparecer a Violeta—. Eso sí, como te pille mirándola no vas a tener campo para correr...

—Sabes que solo tengo ojos para ti, tontuela. Lo nuestro está blindado.

—Y hablando de blindado... —dijo David —Ahora que sois marido y mujer, deberíais considerar blindar vuestras finanzas...

—¡Te quieres ir por ahí! —coreamos todos.

—¡Brindis, brindis! —dije en un momento dado, ante la atenta mirada de los presentes—. En primer lugar, quiero brindar por mi esposa. Hoy me he casado con una mujer que hará que el resto de los hombres, me envidien de por vida.

—¡Una “parte pescuezos”, se llama! —gritó Bruno, ya un poquito perjudicado por el alcohol y de lo más animado por la presencia de Violeta.

—Bueno con una “parte pescuezos”, como dice mi amigo, que no me ha puesto las cosas precisamente fáciles, pero por la que volvería a hacer todo lo que hiciera falta, dar la vuelta al mundo si hiciera falta.

—¡Sí, pero esta vez yo me quedo en tierra! —gritó de nuevo Bruno, aludiendo a nuestro viajecito a París.

—Sí, sí, esa es la siguiente parte. Quiero dar las gracias a los mejores amigos del mundo, que me han estado aguantando hora tras hora, durante tres interminables meses y que no han cejado en su empeño hasta verme convertido hoy, en el más flamante y feliz de los esposos.

—¡Es que, si no, cualquiera te aguantaba! —gritó por tercera vez Bruno, ante la risa de los presentes.

—Bueno, pues habrá sido por eso, pero hoy quiero presentártelos, mi amor. Ellos vienen en el pack. A algunos ya los conoces muy bien, pero a los otros tres petardos, incluido al que interrumpe, no vas a tardar en quererlos. Llevo meses deseando decirles que, por fin, somos uno más. Victoria, lo siento, ya no estás sola en el grupo. Aquí que tienes a otra mosquetera.

—¡Y aquí está la tercera! —gritó Bruno, señalando a Violeta.

Para el baile, David nos trajo a un grupo de amigos suyos que cantaban y bailaban salsa y bachata, como no podía ser de otro modo. Los novios comenzamos con “Amores como el nuestro”, de Jerry Rivera.

Improvizamos una coreografía que nos quedó muy graciosa y los invitados nos aplaudieron y vitorearon sin parar.

Cuando los pies ya no nos respondían, empezamos a cantar chicos contra chicas en una batalla donde todos, dimos bastante el “cante”, y que ganaron ellas por paliza. En cualquier caso, lo mejor de todo era verlas a las tres, tiradas en el suelo muertas de risa y abrazadas de manera cómplice.

Al caer la noche, dimos por finalizada la fiesta. Elisa y yo, estuvimos de acuerdo en que el día de nuestra boda había sido un auténtico cóctel de emociones. Por fin nos retiramos a dormir a una preciosa casa rural de la zona y desde donde estuvimos mirando el cielo estrellado, sin poder parar de abrazarnos durante un largo rato.

—Y a partir de mañana, ¿cómo va a ser nuestra vida? —me preguntó, emocionada—. ¿Dónde viviremos? ¿En mi casa, en la tuya...?

—Eso ya lo decidiremos cuando volvamos de pasar unos días en Laponia.

—¿En Laponia? Sí, en Laponia. Como no teníamos proyectada ninguna luna de miel, he pensado que lo suyo sería ir unos días a una cabaña en aquellos maravillosos parajes invernales, en los que hace mucho, mucho frío y nos podremos dar mucho, mucho calor —dije, riendo.

—¡Me parece la mejor idea del mundo, cariño! —contestó abrazándome, como si llevásemos toda la vida sin vernos.

—A partir de ahí, podremos pensar en un viaje de novios largo, un poco más adelante, en el que no falte un destino que deseemos visitar. Hemos trabajado muy duro para levantar lo que tenemos y, si queremos tomarnos un par de meses de vacaciones, creo que tenemos derecho —pensé en alto.

—Mi vida, si tuviera que definir la felicidad, diría que es justo esto, no creo que haya nada en el mundo que pueda mejorar este instante...

—¿No? —pregunté, arqueando la ceja.

—Tienes razón... —respondió, mordiéndose el labio.

La cogí en brazos y la coloqué en la alfombra, delante de la chimenea. En ese momento reconocía a la Elisa descarada y sugerente, que me reconquistó en pocos días y, a renglón seguido. Sonreí.

—¿En qué piensas mi amor?

—Pues en que, va a ser cierto eso de que, de una boda sale otra. Menos mal que nos vimos en la boda de Joel y Cristina.

—¿Te cuento un secreto?

—Dime...

—Si no hubiera sido allí, hubiera ocurrido en cualquier otro sitio, porque esto tiene nombre y, ¿sabes cuál es?

—¿Cuál, mi niña?

—Es, karma.

Y eso del karma, debe ser algo muy bueno porque en ese instante, por fin volví a hacerla mía y entre, jadeos, susurros, provocaciones y caricias, vimos el amanecer, soñando despiertos con una vida juntos.

Epílogo



Un año después...

Ya ha pasado un año desde aquel día y no ha habido ni un solo momento en el que no hayamos agradecido al universo, la oportunidad que nos dio.

En un primer momento, nos fuimos a vivir a casa de Elisa, porque decía que en la mía sería imposible meter sus miles de pares de zapatos y cuando los vi, casi le di la razón.

Después de darle unas cuantas vueltas, en bonitas veladas nocturnas en las que mirábamos en Internet mil y una alternativas, empezando con pizza y terminando con sexo, decidimos hacer un largo recorrido por Estados Unidos, que incluyó, como no podría ser de otra manera, la famosa ruta 66, en moto.

Fue una auténtica pasada de viaje del que volvimos con aproximadamente un millón de fotos, por cada una de las cuales traíamos diez recuerdos inolvidables en la retina.

Al regresar decidimos que nuestras vidas profesionales nos encantaban y que, en esa parcela, no cambiaríamos nada ni un ápice. Lo único que mejoró fue que ahora contábamos el uno con el apoyo del otro y que cada éxito individual, se consideraba un inmejorable motivo de celebración para la pareja.

En el entorno de los amigos, tuvimos la suerte de que las nuevas integrantes se adaptaron a la perfección al grupo, por lo que las reuniones de viernes y sábados en la tasca, seguían siendo todo un clásico que esperábamos con ganas semana tras semana.

Son muchas las cosas que me han llamado la atención de este año y que no cambiaría por nada, pero de tener que resaltar alguna, me quedaría con la amistad fraguada entre Elisa y Violeta y en la que, por supuesto, también participaba activamente Victoria, a la que dimos el título de “la veterana del grupo”.

En cuanto a Elisa y Violeta y en la medida que la profesión de esta última es efímera, mi chica le dio la oportunidad de trabajar con ella en su firma, demostrando que la vida da muchas vueltas.

Y hablando de vueltas, Bruno y ella también han dado algunas, pero ninguna en avión como era de esperar. En su caso, ninguno de los dos es de bodorrio, pero sí nos tienen prometida una fiesta como Dios manda y estamos seguros que cumplirán.

Oliver, comienza a hablarnos de una compañera de trabajo que lo tiene ensimismado y es que este parece haber visto muchas series de televisión y al final tiene que acabar con una científica como él, o eso nos tememos...

David sigue siendo el solterón del grupo, pero nos da un poco que ya es más de boquilla, porque últimamente en las reuniones está más pendiente que nunca del móvil, lo que pasa es que probablemente nos la presente cuando venga con el bastón, por aquello de no dar su brazo a torcer.

Joel y Victoria, en breve nos harán titos. Victoria siempre bromea con el hecho de que las

famosas náuseas que le sirvieron de excusa para que Elisa se bajara del coche en la puerta de la ermita, en cierto modo fueron una señal, porque seis meses después nos anunciaron que la cigüeña venía de camino...

Nosotros también lo tenemos en mente, pero a diferencia de ellos, no llevamos muchos años juntos, por lo que tenemos ganas de disfrutar un tiempo el uno del otro, antes de ponernos a cambiar pañales y biberones. Elisa es varios años más joven que yo y todavía tenemos cierto margen.

—Amor, ¿en qué piensas, que te has quedado ahí como cogido?

—Pues estaba dándole un repasito mental a este año y a cómo hemos ido evolucionando todos, cariño.

—¿Arrepentido de algo?

—En cierto modo sí...

—¿Y eso?

—De no haberte buscado antes.

—No podías. La Elisa que terminó por enamorarte se fue creando, poco a poco y no fue hasta el momento en el que estuvo lista, cuando te dio el encuentro para vivir esto.

—Ahí tienes razón...

—¿Qué es lo mejor de este año para ti, mi niño?

—Pues el saber que, con una mujer como tú al lado, he crecido en todos los aspectos y espero haberte aportado también lo mismo. En definitiva, lo que más me gusta es saber que juntos, sumamos más que dos. Tengo una sorpresa, preciosa. Vamos a ir a verla en un rato.

—¿Una sorpresa? ¡Muero! ¡Dímela, dímela!

—Pero amor, ¿qué parte de la palabra “sorpresa”, es la que no has entendido?

Un poco después subimos en la moto y pusimos rumbo a un sitio que ella no supo identificar en principio, lo que significaba.

—Es magnífico, pero, ¿qué me quieres decir con esto?

—¿Ves esas vallas?

—¿Dónde?

—Allá, muy a lo lejos.

—Sí...

—Pues todo lo que acotan, es nuestro. Haremos aquí, en pleno monte, donde tú te sientes libre, nuestra casa. Yo me encargaré de construirla y tú de decorarla ¿Hay trato?

—¡Hay trato! —dijo ella, mientras me tiraba de espaldas y caía sobre mí, de los brincos que daba.

—Ya veo aquí las reuniones en invierno, esos días que hace tanto frío que da pereza ir a la tasca, pero queremos ver a los chicos...

—Y en verano, en torno a la barbacoa y la piscina.

Cogidos de la mano, Elisa quiso jugar a contar los pasos que podíamos dar por lo que algún día sería el inmenso jardín de nuestro hogar, en el que no faltaban árboles y plantas de todo tipo.

—¡Ya me he cansado de contar! Reía y canturreaba como una niña.

—¿A qué no me coges?

Veloz como una gacela, comenzó a correr, a esconderse tras los matorrales, a llamarme y a volverme loco, que era, en definitiva, lo que mejor se le daba.

—¡Ya eres mía! —le dije cuando, en un despiste, vi sus pelillos por lo alto de unos arbustos.

Caí sobre ella y, sin pensarlo dos veces, comenzamos a hacer el amor, rodeados de

vegetación, con cadencia e intensidad, volviendo a soñar despiertos con un espléndido futuro que se nos antojaba cada día más y más apetecible.